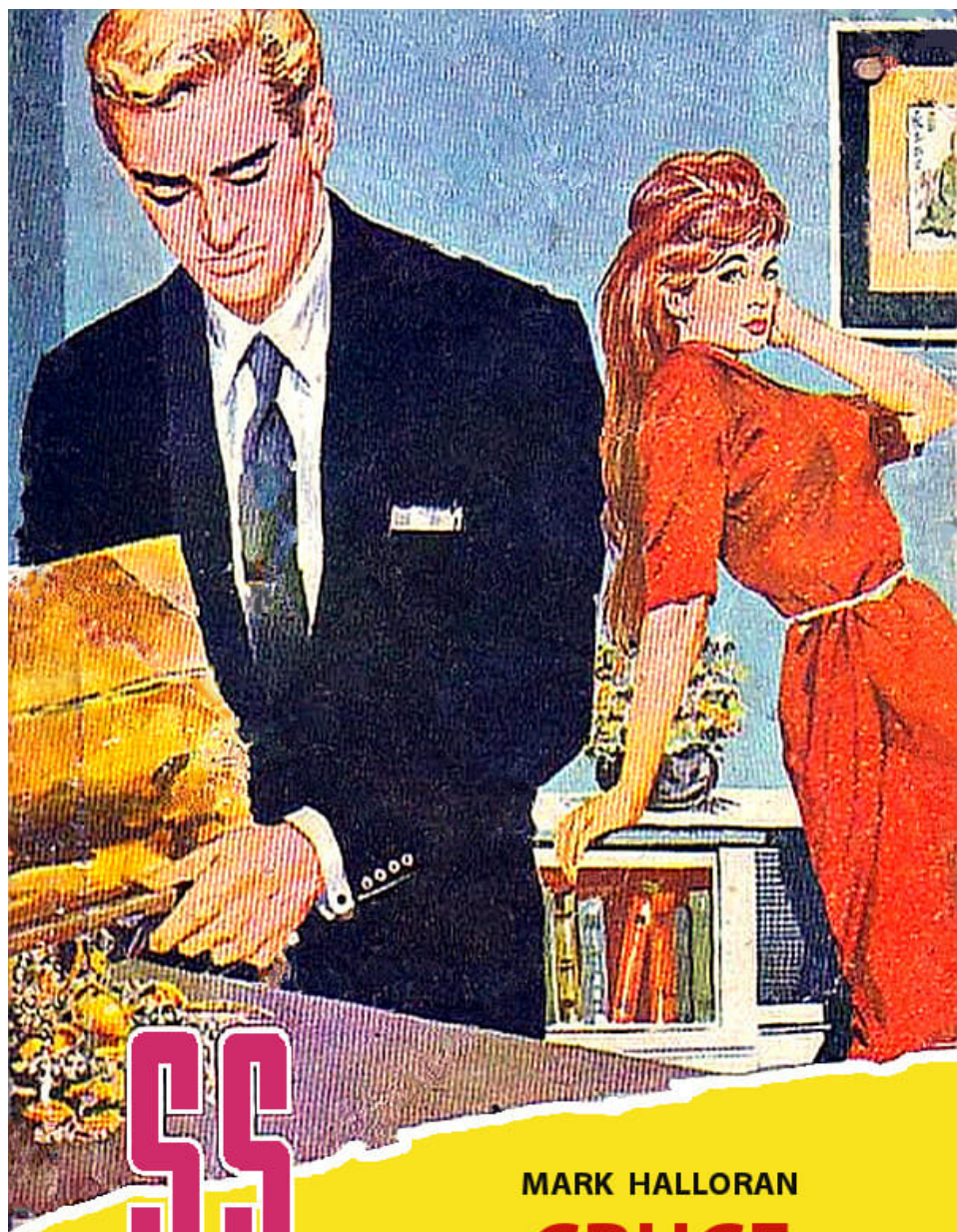




SS

SERVICIO
SECRETO

MARK HALLORAN

CRUCE PELIGROSO

Los policías eran dos: un veterano, Charlie Richmond, y un novel, Tom Gilmore. Este último efectuaba su primera ronda y se la había tomado muy en serio. Richmond manejaba el volante del coche patrullero y se sentía más bien inclinado a pensar en otras cosas. Estaba casado con una mujer bonita, simpática y hacendosa; tenía dos hijos, el menor, por aquellas fechas, enfermo de anginas; el miércoles de la siguiente semana iba a ser el cumpleaños de su esposa, y Richmond, contando con que entonces el niño estaría ya restablecido, bacía cábalas sobre la mejor manera de celebrar la fiesta familiar. Así que, de no ser por la exagerada atención que Gilmore prestaba al servicio, es posible que no se hubiera dado cuenta de nada.

Por supuesto, vio el automóvil. Pero no advirtió que estaba parado precisamente ante la puerta de la «Joyería Lawson», ni tampoco que, pese a tener las luces apagadas, su motor runruneaba quedamente.



Mark Halloran

Cruce peligroso

Bolsilibros - Servicio Secreto - 522

ePub r1.0

Lds 05.07.17

Título original: *Cruce peligroso*

Mark Halloran, 1960

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Mark Halloran

Cruce peligroso

1ª. E D I C I O N

AGOSTO - 1960

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

**CRUCE
DELIGROSO**
POR
**MARK
HALLORAN**



CAPÍTULO PRIMERO

Los policías eran dos: un veterano, Charlie Richmond, y un novel, Tom Gilmore. Este último efectuaba su primera ronda y se la había tomado muy en serio. Richmond manejaba el volante del coche patrullero y se sentía más bien inclinado a pensar en otras cosas. Estaba casado con una mujer bonita, simpática y hacendosa; tenía dos hijos, el menor, por aquellas fechas, enfermo de anginas; el miércoles de la siguiente semana iba a ser el cumpleaños de su esposa, y Richmond, contando con que entonces el niño estaría ya restablecido, bacía cábalas sobre la mejor manera de celebrar la fiesta familiar. Así que, de no ser por la exagerada atención que Gilmore prestaba al servicio, es posible que no se hubiera dado cuenta de nada.

Por supuesto, vio el automóvil. Pero no advirtió que estaba parado precisamente ante la puerta de la «Joyería Lawson», ni tampoco que, pese a tener las luces apagadas, su motor runruneaba quedamente.

Gilmore, en cambio, se percató de ello. Comprendió que el motor del coche se hallaba en marcha porque vio a la luz de los faros del patrullero el humo que expelía el tubo de escape. Titubeó un instante antes de llamar la atención de su compañero, pensando que si la experiencia de éste no acusaba lo anormal del hecho, sería porque en el fondo no valía la pena. Cuando al fin resolvió avisarle, pasaban junto al coche parado y era demasiado tarde para detenerse a su nivel. El patrullero avanzó todavía unos metros e hizo alto más allá.

Hasta entonces no había visto Gilmore a nadie, pero apenas hubo puesto pie en tierra y se hubo vuelto para mirar atrás, descubrió que los ocupantes del vehículo, dos hombres, se habían

agachado arrimados al guardabarro en espera de que el coche de la Policía sé alejase. Ambos hombres, ahora, abrían las portezuelas, uno por cada lado, y saltaban a bordo del automóvil.

Tom Gilmore echó mano de su «28 Special Police».

A despecho de su apego a la familia, el agente Richmond era capaz de recordar en el momento oportuno las obligaciones de su oficio. La situación que estaba produciéndose ante él era bien clara: un coche estacionado junto a la acera, las luces apagadas, el motor en marcha; ante la puerta de una joyería, a hora avanzada de la noche y en un distrito solitario.

Richmond no perdió un segundo. Fue ya él, no Gilmore, quien vislumbró que una furtiva silueta surgía de la joyería y se disimulaba en las sombras. Para un homicida, para uno de los muchos amigos de darle al gatillo que se aprovechaban del uniforme a fin de satisfacer sus inclinaciones, la ocasión de disparar primero y preguntar después resultaba excelente. Richmond, empero, no pertenecía a esta clase de policías. Revólver en mano, gritó:

—¡Alto ahí! ¡No se muevan!

Uno de los dos hombres que se aprestaban a subir al coche parado, empuñaba una metralleta. Al oír el grito dejó escapar un gemido de rabia y desesperación. Olvidó todas las órdenes que se le habían dado, todas las recomendaciones que se le hicieron durante la minuciosa preparación del golpe. Levantó el arma y apuntó a Richmond. El índice de su mano derecha presionó el gatillo. No lo soltó en tanto que el arma vibraba en su mano y el mortífero chorro de balas penetraba, una tras otra, en el cuerpo del agente.

Gilmore, por su parte, no perdió la sangre fría. Estaba observando la silueta surgida de la joyería, pero cuando el hombre de la metralleta soltó su terrible ráfaga, pasó sin vacilar a ocuparse de él. La primera bala de su 38 se incrustó en la delantera del automóvil. Una ligera rectificación de la puntería bastó para que la segunda atinase al pistolero en el momento en que el cargador de su metralleta se agotaba.

Viendo al hombre tambalearse, Gilmore se volvió hacia el otro. Éste corría resueltamente en dirección a él. Los dos dispararon al mismo tiempo, los dos con bastante fortuna. El pistolero trastabilló, su pecho herido por una bala casi en el mismo corazón, y empezó a

derrumbarse.

La herida del policía era mucho más leve: la bala le había rozado el cráneo sin dañar el hueso; no obstante lo cual, el choque le privó de conocimiento unos instantes.

El tercer hombre, la silueta furtiva, no había comprendido ni llegó a comprender jamás del todo lo que pasaba. Estaba apostado detrás de la puerta de la joyería, preparándose para salir, cuando el coche se detuvo junto a la acera y sus dos compañeros le hicieron signo de que acudiese, señal de que la vía estaba expedita y las cosas ocurrían conforme a lo calculado. Luego, de pronto, transcurridos los tres o cuatro segundos que tardó en manipular la cerradura y abrir la puerta, volvió a alzar los ojos y vio con sorpresa que los signos de sus compañeros, frenéticos, nerviosos, indicaban ahora que se quedase dónde estaba. Entonces descubrió el patrullero.

Consciente de la catástrofe que le amenazaba, el hombre no perdió por ello la cabeza. Estaba listo si volvía a entrar en el establecimiento. Tenía consigo una bolsa en la que había joyas por valor de casi medio millón de dólares, y si retrocedía se encontraría acorralado, privado de cualquier esperanza de salvación. Con policías o sin ellos, le era preciso alcanzar el coche y emprender la fuga.

El hombre estrechó contra su pecho la preciosa bolsa, salió a la calle y trató de disimularse en las sombras para correr hacia el vehículo en el momento en que el tiroteo empezaba. Entró en acción exasperado por los estampidos de la metralleta. Montó en el coche por la puerta trasera, pasó por encima del respaldo del asiento delantero y se instaló ante el volante. Aferró éste con la mano crispada en que sostenía su revólver; con la otra movió la palanca de cambio de marchas. Pisó el acelerador. Un escalofrío le recorrió la espalda al notar que el automóvil no respondía. Ignoraba que la primera bala de Gilmore acababa de incrustarse en el motor, pero con que éste no funcionara tenía más que suficiente.

Tembloroso, aterrorizado, saltó de nuevo a la calzada, siempre sosteniendo el revólver y la bolsa de las joyas. Se detuvo unos segundos, el tiempo necesario para disparar dos balas contra el agente Gilmore, quien, tendido en el suelo, acusó con sendos estremecimientos los impactos. Y luego, al volverse, el asustado y

desconcertado pistolero descubrió con júbilo que tenía a su alcance lo que parecía un medio seguro de salvación.

Un «Mercury» descapotado se encontraba a su altura, conducido por un hombre que, boquiabierto, disminuía enérgicamente su velocidad.

También Gilmore, medio inconsciente, vio desde el suelo aquel coche. Vio al pistolero saltar a bordo. Reunió sus últimas fuerzas y, a través de una niebla rojiza, apretó por vez postrera el gatillo. Más tarde, cuando articuló penosamente un informe en su lecho de muerte de la sala de urgencia del hospital, juró estar seguro de que su última bala había alcanzado al bandido que escapaba, al parecer, con ayuda de un cuarto cómplice. Dijo vagamente que el coche era un «Mercury» de modelo reciente, blanco, con placa de Nueva York, cuyo número terminaba en seis...

* * *

Edwin Morgan fue arrancado de sus pensamientos por el súbito estrépito de disparos. Hasta entonces había gozado placenteramente de la frescura de la noche. Regresaba a casa sin grandes preocupaciones. Dejaba que la brisa, bajada la capota del coche, le acariciara el rostro.

No tuvo al pronto idea de lo que aquellos disparos tan próximos podían significar, pero redujo instintivamente la marcha, a poco, sus ojos se abrían con asombro viendo los cuerpos tendidos por doquier y al hombre que disparaba su revólver contra el policía yacente en la calzada.

Un segundo después el hombre abría la portezuela, saltaba al coche y se sentaba a su lado. Edwin adivinó sin mirarlo cuál era el objeto que le oprimía las costillas.

—¡De prisa! ¡Adelante!

El pie de Edwin aplastó el acelerador y el coche saltó hacia adelante. Simultáneamente, sonó a ras del pavimento de la calle una postrera detonación.

El pistolero emitió una especie de ronquido y su revólver dejó de oprimir el flanco de Edwin, aunque éste comprendió que no se alejaba mucho de sus carnes.

—La primera calle a la derecha. —El hombre hablaba con voz

ahogada, casi inaudible—. La primera. Sin bromas.

—No estoy para bromas —dijo Edwin, tranquilamente. Miró a su pasajero de reojo y vio su rostro lívido, temblorosos los labios—. Y usted parece estarlo menos que yo.

Tomó la calle indicada. Era una vía poco transitada, que él conocía mal y que tras unas cuantas casas aisladas se adentraba en los incultos campos de Caprock Hill.

El pistolero no decía nada. Edwin iba a hablar cuando le oyó gemir. Instantes más tarde, el revólver rodaba con sordo ruido sobre el suelo del coche. El hombre estaba como aplastado en el asiento y respiraba con dificultad.

Edwin juzgó que podía correr el riesgo de señalar él mismo el rumbo. Dobló de nuevo a la derecha en el siguiente cruce. Su pasajero no protestó ni se movió. Cinco minutos después, el «Mercury» se detenía en pleno descampado.

Con perfecto aplomo, Edwin se agachó y recogió el revólver. El pistolero ya no respiraba, ni con dificultad ni sin: la luz del tablero de mandos del coche le mostraba en la lúgubre inmovilidad de la muerte.

—Te estuvo bien empleado, amigo —murmuró Edwin, con una fría sonrisa.

Había vencido el asombro que le dominó durante los primeros instantes de aquella inesperada aventura. Y sin embargo su asombro volvería a reaparecer, multiplicado, cuando sus ojos se posaron en la bolsa que el pistolero había tenido consigo y que ahora estaba sobre el asiento, abierta a medias, dejando escapar por su boca una deslumbrante cascada de diamantes, perlas, esmeraldas y rubíes, collares, pulseras, pendientes, relojes...

—Júpiter —articuló, al recobrar la voz—. ¡Oh, Júpiter, dios de los dioses! ¿Qué es esto?

Lo que era saltaba a la vista: una fortuna incalculable, un tesoro caído del cielo, allí, a su lado, centelleando sobre la familiar tapicería del «Mercury» a la débil luz del tablero de mandos. Un prodigio. Un don de la suerte cuyo origen estaba en aquellos cadáveres que Edwin había vislumbrado tendidos en la calzada de Monroe Street y en el otro cadáver, mezquino y arrugado, que ahora se hallaba junto a él.

Un atraco, naturalmente. El asalto nocturno a una joyería, que la

Policía había frustrado con su intervención.

¡Una fortuna!

¿Y bien?

En el espacio de unos segundos, apoyadas las manos en el volante del coche, en campo abierto y a primera hora de la madrugada de aquel sábado crítico, Edwin Morgan, con una brusquedad y una determinación de las que en circunstancias normales no se hubiera creído capaz, tomó la decisión que cambiaría su vida. A un hombre no le ocurrían aquellas cosas más que una vez, y no importaba que la decisión representase un riesgo insensato, un desafío al azar, una locura.

¡No importaba!

Apagó todas las luces del coche y abrió la portezuela de su lado. Se apeó. Rodeó el vehículo para abrir la del lado opuesto. Movimientos precisos, firmes; los movimientos de quien sabe perfectamente lo que se hace.

El pistolero muerto era un muchacho flaco, frágil, probablemente consumido por las drogas. Edwin cargó sin esfuerzo con el cadáver, lo retiró del asiento y lo transportó al margen de la carretera. Dulcemente, casi con cariño, lo depositó detrás de unos matorrales y dispuso las ramas de estos de manera que lo cubriesen. Sumario, pero piadoso.

Esto había sido sencillo. ¿Cómo sería lo demás? El trayecto hasta Circle Drive, en el lado oriental de Brooklyn; llegar a casa, abrir el garaje, guardar el coche, tomar las joyas y el revólver, ocultarlos en su apartamento. ¿Cómo sería?

No estaba ciego al peligro. Ignoraba si su coche había sido visto, si la Policía tenía su descripción. Podía tenerla. ¿Habían muerto los agentes del patrullero c/ Monroe Street? La Policía podía incluso tener el número de su placa. ¿Y qué? Si le daban el alto por el camino se limitaría a decir la verdad, a asegurar que se disponía a avisar al precinto más próximo.

En marcha.

No se vio obligado a decir nada ni asegurar nada. Llegó a Circle Drive y a su casa sin haber encontrado ni un solo vehículo. Suerte, más suerte aún.

Pensó por complacencia que el lugar donde vivía favorecía sus propósitos: un pequeño edificio de dos plantas, aislado en medio de

un jardín; él en la planta superior, los Hale, que eran los propietarios, en la inferior, y el garaje a medias. Pero los Hale, un matrimonio sin hijos, se hallaban ausentes, en Europa, disfrutando de sus vacaciones. Fuera estorbos.

Sentado en su sala de estar, cuidadosamente bajadas las persianas, Edwin Morgan acarició con los dedos las piezas de aquel tesoro con el cual aquella misma noche, no mucho antes, cuando se separó de Virginia, ni siquiera se hubiera atrevido a soñar; un tesoro que ni trabajando toda la vida y ahorrando todas las ganancias hubiera llegado a reunir.

¡Cielos!

Todo era distinto ahora.

Echó la cabeza atrás y rompió a reír como un loco.

¿Había cometido algún delito? ¿Tenía algo que reprocharse? Un individuo armado se había instalado a la fuerza en su coche y había muerto a continuación, sin duda a consecuencia de un disparo de la Policía, dejando prácticamente entre sus manos una fortuna en joyas. ¿Estaba él obligado a conocer la procedencia de aquellas joyas? ¿Debía rechazar el generoso don de los dioses?

Hasta entonces habíase limitado a deshacerse de un cadáver molesto y regresar a casa. Todo ciudadano decente regresaba a casa a aquella hora. ¡Muy bien! El tesoro llovido del cielo había ya costado con seguridad una vida, y probablemente varias más: las vidas que se extinguieron en la calzada ensangrentada de Monroe Street. En este sentido era demasiado tarde para cambiar las cosas.

Porque las joyas estarían aseguradas.

¡Aseguradas!

Edwin Morgan conocía bien, perfectamente bien, el negocio de seguros. Había llegado a conocerlo sacrificándole los mejores años de su vida. No experimentaba por las compañías aseguradoras la menor piedad. Las compañías tenían hechos sus cálculos y sus previsiones. Nunca salían perdiendo. Era imposible que salieran perdiendo: estaba en su naturaleza, en su razón de existir. Las primas que cobraban habían sido establecidas para cubrir con largueza los riesgos de robo.

¿Total?

Pasándose la lengua por los labios, dirigióse Edwin al mueblebar, abrió las puertas y se escanció una dosis especial de «bourbon».

Levantó el vaso antes de beber, como brindando con un personaje invisible. Sonreía. Le chispeaban los ojos. Apuró el contenido del vaso sin respirar.

Luego descendió de nuevo al garaje.

Era extraordinario que todo hubiera ocurrido con tanta limpieza. El policía caído en el suelo había disparado un solo tiro, y la bala, la única bala de un moribundo, había dado en el blanco con estupenda precisión. Ningún roce en la carrocería, ninguna señal comprometedoras en la pintura blanca, ningún impacto. Él coche había salido incólume del trance.

¿La tapicería interior?

Durante cerca de una hora, palmo a palmo, Edwin lo examinó todo. No encontró el menor rastro de sangre. La bala había quedado en el cuerpo del pistolero y la sangre no tuvo, sin duda, tiempo de manar. Hemorragia interna.

Como si no hubiera pasado nada.

Sólo que sí había pasado: arriba, extendidas sobre el diván de la sala de estar, se hallaban las joyas como prueba irrefutable. Edwin las recogió con manos amorosas, las devolvió a la bolsa, y junto con el revólver guardó ésta en un viejo maletín que encerró descuidadamente en un armario. ¿Para qué tomar precauciones? Si la Policía acudía, el tesoro aparecería por muy bien que lo ocultase; pero no acudiría si nadie había reparado en la placa de su coche. Era simple cuestión de cara o cruz.

Se metió en cama.

Antes de dormirse pensó en Virginia, a quien aquella noche había llevado a cenar y a bailar contando cada centavo que gastaba; en Dolly, a quien por la mañana debía llevar a la playa; en Elsie, en Nora, en Patsy, en Rita. Pensó en la gente que le tenía por un mujeriego.

¿Un mujeriego?

Ahora resultaba que era algo más.

CAPÍTULO II

No era el despertador.

Sin abrir los ojos, extendió Jennie la mano y oprimió el botón de paro del reloj que tenía en la mesilla de noche, pero el estridente campanilleo no cesó.

No era el despertador, sino el timbre exterior.

Murmurando denuestos contra la persona capaz de llamar a la puerta de una casa a aquella hora absurda, la muchacha saltó de la cama, tanteó con los pies hasta encontrar las chinelas, se envolvió en un «deshabillé». Medio dormida, reparó en que era todavía de noche.

¿Cómo? ¿De noche?

Sintió miedo.

Salió del dormitorio y corrió a través de la sala de estar, por cuyas ventanas se veía ya en el cielo la mancha clara de la aurora.

¡Era de noche! ¡Estaba solo empezando a amanecer!

Abrió la puerta.

El «deshabillé» ceñido al cuerpo, los cabellos en desorden, el rostro todavía con los colores del sueño, parecía una niña.

Pero el hombre que aguardaba al otro lado no hizo caso de su aspecto frágil y desvalido. Sin decir palabra, precipitóse hacia adelante, la apartó de un empujón y se introdujo en el apartamento.

Jennie vio en su mano un revólver. No gritó. Estaba pasmada, aturdida por la rapidez con que ocurría todo; en vano se esforzaba por comprender. Antes de que reaccionase se había el hombre adentrado en la casa. Durante unos momentos le oyó abrir y cerrar puertas, oyó sus firmes y pesados pasos. Luego, el hombre regresó.

—Bien, ¿dónde está?

La muchacha tomó bruscamente asiento en una silla.

—¿Quién?

—¡Harry Romeo! Es tu hermano, ¿no?, y vive aquí.

Jennie reparó en que su «deshabillé» se había abierto y lo cerró con gesto nervioso.

—Pero ¿quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

El hombre la miró como si por primera vez advirtiera que se encontraba ante un ser humano. Perdió un poco de su aire salvaje. Guardó el revólver y sacó del bolsillo una insignia.

—Policía. Detective Whitlock, del décimo precinto. Lamento haber irrumpido de este modo en su casa, pero busco a un individuo llamado Harry Romeo y no quiero cometer un descuido con él.

—Harry Romeo es mi hermano —dijo la joven, como si esto eliminase cualquier motivo de alarma.

—Tómelo con calma, muñeca.

—¿Ha hecho algo malo?

—Necesito hablarle, eso es todo.

—¿Por qué? Dígame, ¿por qué? ¿Está Harry en un apuro? Se lo ruego...

—Sólo necesito hablarle.

Jennie estaba ya completamente despierta. El miedo, el vago miedo con que saltó de la cama, se había ahora materializado en su corazón. Pero no se lo inspiraba aquel hombre, sino Harry, su propio hermano. Harry, ausente. Harry, que no había regresado aún al amanecer.

—Si quiere usted hablarle es porque algo ocurre. No comprendo... Salió anoche. Dijo que iba al cine.

Whitlock se encogió de hombros.

—¿Su hermano frecuenta el trato de un sujeto llamado Joseph Karpis? ¿De uno a quien apodan «Araña» Karpis?

La joven desvió la mirada.

—No conozco a sus amigos.

—¿Tampoco a Tony Masscia?

Ella se sobresaltó.

—No lo sé.

—Ya veo que sí. —Él había notado su sobresalto—. Chiquilla, tenemos sobre usted los mejores informes, pero de su hermano

lamento no poder decir lo mismo. Si quiere usted ayudarle de verdad, le aconsejo que hable con franqueza.

—He oído mencionar esos nombres. Harry..., Harry puede que les conozca, como a tantos, pero no son amigos suyos, seguro que no. Él es buen chico. Se porta decentemente. El pobre Harry...

—El pobre Harry —interrumpió el detective, con sarcasmo— ha sido detenido siete veces, cinco puesto en libertad por falta de pruebas y dos sentenciado. Salió hace cuatro meses de la cárcel.

—Pero...

Un nuevo timbre.

Ahora no era el de la puerta ni el del despertador. Era el timbre del teléfono.

Las miradas de la muchacha y del policía se cruzaron. Cuando ella se alzó de la silla y tomó el aparato, él estaba a su lado escuchando atentamente.

—¿Diga?

Al otro extremo del hilo sonó una voz de hombre, grave, profunda, ligeramente velada:

—¿Está Harry?

Jennie notó en su brazo la presión de la mano de Whitlock.

—¿De parte de quién?

—Quiero hablar con Harry Romeo. Es urgente.

—¿De parte de quién? Aquí su hermana. ¿Quién le llama, por favor?

El detective se apoderó del aparato, escuchó un instante y dijo:

—Harry Romeo al habla. —Aguardó—. ¿Me oye? Harry Romeo al habla. —Suspiró y devolvió el teléfono a su soporte—. Inútil. Han cortado.

Había sombras de terror en los ojos de Jennie.

—Si pudiera usted decirme...

—No tengo nada que decir, muñeca. Vaya a su cuarto y vístase. En el precinto la necesitarán.

Ella inclinó lentamente la cabeza.

—Es horrible.

—No lo tome de ese modo. —En el tono del policía vibraba una nota de compasión—. Puede que al fin y al cabo no haya ocurrido nada. Su hermano habrá ido al cine y se habrá entretenido después charlando con un amigo o aliviando la soledad de una rubita.

También yo vuelvo a casa con luz del día en algunas de mis noches libres.

Jennie echó a andar hacia el dormitorio.

—Sé de sobra que no será así, y usted lo sabe mejor aún que yo. Gracias de todos modos por sus palabras.

Whitlock la vio desaparecer e hizo una mueca.

La vida.

Suerte que uno se acostumbra con el tiempo.

Los rayos del sol penetrando por la ventana de su dormitorio y acariciándole la cara despertaron a Edwin Morgan al iniciarse la primera jornada de su nueva vida. Durante unos segundos, luego de haber abierto los ojos y haberse despezado, nada recordó de los acontecimientos de la noche anterior: saltó del lecho pensando solamente en Dolly, en la playa, en sus antiguos planes. Había ya traspuesto el umbral del cuarto de baño cuando le volvió la memoria.

¡Júpiter! ¿La playa? ¿Dolly? ¿Dolly y su «bikini» amarillo?

Quizá era un sueño.

No pudo resistir la tentación de comprobarlo. Retrocedió, abrió el armario, sacó el maletín. Allí estaban las joyas, en todo su esplendor, bellas y sorprendentes como el tesoro de un legendario pirata.

Sonrió.

La suerte le mimaba. Hacía ya muchas horas que el atraco se había cometido. Si alguien hubiese anotado el número de su coche, si alguno de los agentes caídos en Monroe Street hubiera informado de lo ocurrido en realidad, la Policía estaría ya en su casa y le habría arrancado de la cama para pedirle cuentas. Cabía suponer, por tanto, que no se las pediría nunca.

Sin prisa, Edwin puso la cafetera en el fuego, se duchó y se afeitó. Silbaba la última canción de Paul Anka, desafinando a gusto. Sorbió la primera taza de café mientras se vestía; un par de huevos fritos a continuación, queso, jamón, pan tostado. El desayuno parecía tener aquella mañana mejor sabor que otros días. Luego lavar los platos. Hacer la cama. La casa un poco en orden. Todo aquello terminaría pronto, muy pronto. Edwin apenas se atrevía a pensar en la vida que en aquellos momentos comenzaba.

¿Y Dolly?

Tomó el teléfono y marcó el número con un cigarrillo humeando entre los labios. Dolly: una voz ligeramente chillona. Pensó con sorpresa que hasta entonces nunca había reparado en su voz. Dolly tenía otras cosas que le llamaban más la atención a uno. Varias cosas. Ni que hubiera tenido una voz como la de Louis Armstrong se hubiera uno dado cuenta si la veía en «bikini».

¿Y ahora, qué?

—¿Por qué no vienes, Edwin? Siento curiosidad por saberlo.

—Trato de decirte...

—No me refiero a lo que tratas de decirme. Te vi anteayer, entérate.

—No fue anteayer.

—Digo anteayer. Y tú no me viste. No tenías ojos más que para la fregona reteñida que se te agarraba al brazo.

Anteayer: la fregona reteñida era, por tanto, Patsy. Había pasado una alegre velada con ella.

—Está bien, Dolly.

—Sí, perfectamente bien. —La voz de la muchacha se había hecho un poco más chillona—. Una magnífica razón para no venir conmigo a la playa. No es necesario que te exprimas los sesos buscando excusas.

—No busco excusas —dijo Edwin deliberadamente—. Si no voy a la playa contigo es sólo porque no me da la gana.

Cortó.

Había olvidado que Dolly era celosa. ¿Qué importaba ya?

Se echó a reír y aplastó el cigarrillo en un cenicero. Fue al armario, sacó el maletín, abandonó el apartamento y bajó al garaje. Lucía el sol, la temperatura era espléndida. Todo parecía expresar los mejores augurios.

A la luz del día examinó de nuevo el coche, y de nuevo quedó satisfecho de su examen. Ninguna traza de sangre, nada anormal. Pensó si tanta precaución no sería excesiva. Seguro que la policía ignoraba, no ya su existencia, sino el hecho de que el tercer atracador se hubiera alejado en automóvil de Monroe Street. Seguro que lo ignoraba.

Arrojó dentro del coche el maletín y se sentó ante el volante. Salió del garaje. Se apeó para cerrar la puerta.

Momentos después conducía plácidamente en dirección al centro

de la ciudad. Se sentía en plena forma. El amo del mundo.

Para una mañana de sábado la circulación no era muy intensa: llegó a Nueva York sin tropiezos y más temprano de lo que suponía. La temperatura ya no era tan buena para entonces. Apretaba el calor. Cuando metió el coche en el aparcamiento de Madison Station casi se arrepentía de haber anulado su cita con Dolly. Hubiera habido tiempo para todo, tiempo para el deber y el placer. Una zambullida en el mar, un ratito de juegos acuáticos con Dolly constituían una perspectiva tentadora.

¡Narices! Aquello era el pasado.

Fue a la estación y entregó el maletín en la consigna. Salió por una puerta distinta y anduvo hasta los «Almacenes Kilgallen». Allí se procuró papel de escribir, un sobre, un sello. Anotó sus propias señas en el sobre y metió en éste el boleto de la consigna dentro de la hoja de papel doblada. Con la reverencia de quien ejecuta un acto ritual echó la carta en el buzón de los almacenes.

Listo.

Se obsequió con un *whisky* en el bar del *Hotel Saratoga*. Había un punto de fanfarronería en su modo de aspirar el aire acondicionado, fresco y estimulante. Podía pagarse aquel *whisky* por caro que fuese, podía tratar a los turistas acomodados y a los grandes hombres de negocios que frecuentaban el *Saratoga* de tú a tú. Esto era vivir. Lo de antes había terminado.

Almorzó. Buen almuerzo; un filete asado al punto, una cerveza de calidad, un café que olía a gloria.

¡Júpiter!

Compró todos los periódicos de la tarde antes de regresar a casa. Pero no los miró. Los arrojó sobre el asiento del coche sin ni siquiera leer los titulares.

«Tranquilo, Edwin, tranquilo y sonriente como el amo del mundo». Mientras conducía en dirección a Brooklyn pensaba que nunca había vivido un sábado tan feliz, y era cierto.

Su entrecejo se frunció un breve instante cuando metió el coche en el jardín por la ligera rampa que conducía al garaje. Pero el lugar estaba desierto. Nadie. Ni la sombra de un policía.

Guardó el «Mercury» y subió los periódicos al apartamento. Se quitó la chaqueta y la corbata. Conectó la radio: un poco de música. Se escanció una dosis generosa de *bourbon*.

Arrellanado en una butaca, comenzó a leer.

Había cosas innegables: la rapidez con que trabajaba la policía, por ejemplo. En el décimo precinto, a cuya demarcación pertenecía Monroe Street, andaban ligeros. No conocían la solución de los enigmas que el asunto les había planteado, pero saltaba a la vista que habían descubierto muchas cosas y que tenían de los hechos una opinión bastante exacta.

El robo de la «Joyería Lawson» era, por supuesto, de grueso calibre: medio millón escamoteado, tiroteo nocturno, la calle sembrada de cadáveres. Los atracadores habían puesto fuera de combate al guardián nocturno del establecimiento llenando este de gas por medio de una tubería introducida por un ventilador; luego forzaron la puerta trasera y entraron sin preocuparse de si el timbre de alarma sonaba o no. La aparición casual de un coche patrullero había echado por tierra sus meticulosos planes y dado origen a la batalla en la que uno de los policías halló la muerte, así como uno de los bandidos. La vida del segundo policía, agente Thomas T.

K. Gilmore,

se había extinguido en el hospital. El segundo pistolero agonizaba a la hora de redactar la información, sin haber recobrado aún el conocimiento. Se suponía que dos miembros más de la banda lograron fugarse a bordo de un segundo vehículo, mientras que el primero de los usados en el golpe, robado a primera hora de la noche en un aparcamiento de Lauderdale Avenue, había quedado en Monroe Street con el motor inutilizado por una bala.

Edwin entornó los párpados.

Un párrafo del *Evening Courier* destacaba el hecho de que el agente Gilmore había prestado declaración antes de morir y revelado los rasgos esenciales de la tragedia desarrollada ante las puertas de la joyería. Revelaciones importantes, afirmaba el periódico; entre ellas una descripción parcial del vehículo en el cual habíanse fugado los dos últimos atracadores.

Una descripción parcial.

¿Qué alcance tenía la expresión «una descripción parcial»?

Edwin bebió lentamente un sorbo de *whisky*.

Una descripción parcial, ¿eh? Y por supuesto, el «cuarto cómplice» era él. Cuatro atracadores y dos vehículos. Prometedora perspectiva. Morir por morir, hubiera sido infinitamente mejor que

el agente lo hiciese en Monroe Street como su compañero de patrulla.

¿Qué más?

Había un montón de literatura barata consagrada al botín, con datos variables relativos a su valor, desde cien mil dólares, según unos, hasta un millón según otros. Pero todos los periódicos coincidían en que las joyas estaban en su casi totalidad aseguradas.

Los pistoleros capturados habían sido identificados sin dificultad: el muerto, Tony Masscia, había adquirido en las esquinas de Brownville cierta notoriedad como afortunado jugador de dados antes de que una larga estancia en la penitenciaría truncara su suerte; el que agonizaba en el hospital se llamaba Joseph «Araña» Karpis y había estado más o menos relacionado con la pandilla que dominaba los sindicatos portuarios de Brooklyn. Ambos eran tipos de última fila, basura, escoria; no los hombres capaces de planear un golpe como el de la Joyería Lawson, que demostraba buen conocimiento de los lugares, del posible botín, de las dificultades previsibles y de la manera de eludirlas.

Edwin leyó esta parte de la información atentamente. Para Karpis y Masscia, al parecer, la joyería de Monroe Street y la posibilidad de asaltarla hubieran estado normalmente más lejos que la luna. Ambos pertenecían a otro mundo, se movían en otro ambiente. Con medio millón de dólares en joyas entre las manos no hubieran sabido lo que hacer; eran gente que, si robaba, robaba dinero, no una mercancía tan difícil de colocar, tan prontamente identificable. Tenía que existir, pues, una organización superior, una mente que trazó los planes, alguien enterado de lo que en la joyería se podía encontrar, una persona que había previsto la manera de desprenderse del botín, previsión sin la cual el atraco no tenía sentido.

Esta persona debía ser el cuarto cómplice, el conductor del coche que vio el policía agonizante y del cual había dado una descripción parcial.

Pero el conductor del coche era él: Edwin Morgan, de Circle Drive, East Brooklyn. Sí, prometedora, alentadora perspectiva.

¿Algo más?

La muchacha.

Los ojos de Edwin se clavaron en la foto que en última página

publicaba el *Comet*. La pobre muchacha. Había sido conducida al décimo precinto para su interrogatorio: Jennie Romeo, veintidós años, empleada en el «Crazy Bull Club». La policía sospechaba que su hermano, un joven delincuente cocainómano salido hacía cuatro meses de la cárcel, pudo ser el tercer pistolero que participó en el golpe. Harry, el hermano, había desaparecido.

Jennie Romeo, veintidós años; En la foto se la veía bien. Largas y bien dibujadas piernas, las caderas nerviosas, la cintura estrecha y flexible; un torso de líneas juveniles, unos hombros y un cuello llenos de gracia, una figura encantadora que irradiaba el magnetismo sensual de un animalito tímido y salvaje. Volvía un poco el rostro. Sus apasionados ojos parecían implorar, y había en su fresca boca, en su amorosa y tentadora boca, un trazo de amargura.

La muchacha.

Edwin Morganapuró de un trago su *whisky*.

Había conocido a otras mujeres más bellas, a otras sin duda más ardientes, más llamativas, más deseables. Pero, sin saber por qué, pensó que era aquella muchacha la que en su nueva vida le hubiera gustado encontrar.

Luego llamaron a la puerta.

CAPÍTULO III

Edwin no esperaba a nadie. No por qué no recibiera con alguna frecuencia visitas: le gustaba, por decirlo así, oír en el apartamento el delicioso susurro de unas faldas; aunque las faldas hubieran dejado de susurrar desde que la rodilla era su tope inferior. Pero nadie figuraba en su programa inmediato a continuación de Dolly, y no era de suponer que Dolly acudiese.

¿O sí?

Se alzó de la butaca, depositó el vaso vacío sobre la mesa y marchó a abrir. Con una sonrisa de curiosidad; tranquilo, ¿por qué no?

Eran dos hombres.

—¿Es usted Edwin Morgan?

No podía tratarse de una coincidencia.

Bien, allí estaban. Después de todo, allí estaban.

Uno era flaco, de mediana estatura, cansado, hundidos los ojos, gris el cabello. Su acompañante medía medio palmo más que él y debía de pesar el doble. Sudaba. Sus ojuelos malignos centelleaban en un rostro congestionado, punteado de barba. La transpiración había arrugado su feo traje de algodón azul.

Hablaba el flaco.

Policías.

—¿Qué desean?

—¿Es usted o no?

—Sí.

—Detective Donetti, del décimo precinto. —Una insignia metálica—. Deseamos hablarle.

El gordo había entrado ya, sin miramientos. Edwin experimentó una sensación de repulsión física, un asco violento cuando el

hombre pasó ante él sin dedicarle ni una mirada.

Retrocedió unos pasos.

Donetti siguió a su colega haciendo que sus cansados ojos explorasen el apartamento con disimulo. Edwin les señaló en silencio el diván y tomó asiento en la butaca donde estuvo antes.

Sólo el flaco se sentó, tirando cuidadosamente hacia arriba de sus pantalones. El otro permaneció en pie y se situó estratégicamente entre Edwin, la puerta y la ventana. A cada momento se humedecía los labios con la lengua.

—No sabía que Circle Drive correspondiera al décimo precinto —dijo Edwin.

Ninguno de los dos hombres replicó. Con una inexpresiva sonrisa, Donetti sacó del bolsillo un cuaderno de notas y comenzó a hojearlo metódicamente.

—¿Vive usted solo, señor Morgan?

—Sí.

—No parece tampoco haber nadie en la planta baja.

—Los Hale están en Europa. La casa es suya.

—Entiendo. ¿Tiene usted coche, señor Morgan?

El coche.

Se trataba del coche: la policía había conseguido localizarlo partiendo de la «descripción parcial». No siempre salía cara cuando uno echaba una moneda al aire; por supuesto que no.

Edwin miró al detective fijamente.

—Tengo un «Mercury» descapotable, modelo del año pasado. ¿Alguna contravención?

—Curiosidad. ¿Dónde está el coche en este momento?

—En el garaje. O por lo menos allí debería estar.

—¿El garaje de la casa?

—Sí. ¿Sólo por curiosidad lo pregunta, agente?

La sonrisa remota se había inmovilizado en los labios de Donetti.

—¿Qué hizo usted anoche?

—¡Anoche!

—Sí, anoche, viernes.

El gordo se aproximó a la butaca y habló por primera vez:

—A que dice que no lo recuerda.

—Yo me ocupo de esto, Joe —atajó su compañero sin alzar la voz—. Veamos, señor Morgan.

—Fui a cenar y a bailar con una amiga.

—¿Sí?

—¿Quiere detalles?

—No estarían de más.

—Me reuní con ella al salir de la oficina y tomamos un par de copas en *The Observatory*, junto a Washington Square. Cenamos en Greenwich Village, en un lugar llamado

Jordan's

, y fuimos a bailar a otro conocido por *Old Tower*. Luego acompañé a mi amiga a su casa y me vine para acá.

Donetti levantó la mano.

—Más despacio. ¿A qué hora se separó de ella?

—No lo sé con exactitud. A la una o cosa así.

—En la puerta de su casa, seguro —dijo el gordo con burdo sarcasmo.

—Cállate, Joe. Siga. ¿Vino a Circle Drive directamente?

—Sí.

—¿En coche?

—Sí.

—¿Solo?

—Solo.

—¿A qué hora llegó?

—No lo sé. De madrugada. No me di prisa.

—¿Por dónde vino? ¿Qué trayecto siguió?

—Vine por el puente de Manhattan. ¿Qué trayecto seguiría usted? El camino directo a lo largo de Hoover Bulevar, atajando hacia Circle Drive al llegar a la altura de Judson Street.

—¿Y no recuerda a qué hora llegó?

—Sólo recuerdo que ajusté el despertador cuando ya estaba en cama y que eran algo más de las tres. Pero tardé bastante en acostarme.

—¿Por qué?

—Tengo costumbre de revisar, los viernes por la noche, el trabajo de la semana que ha terminado.

—¿No trabaja los sábados por la mañana?

—No.

—¿Por qué entonces ajustó el despertador?

—Porque quería ir a la playa con una amiga y temía retrasarme.

Mi sueño no suele ser ligero.

—¿La misma amiga? —preguntó Joe restregándose la nariz.

—Otra.

—¿Ha ido? —inquirió Donetti.

—No he ido. Se me han pasado las ganas. Esta mañana me sentía cansado y un poco resfriado. He llamado a mi amiga excusándome.

—Volvamos a su viaje de anoche. ¿Está seguro de no haberse detenido en ninguna parte por el camino? ¿Ni para tomar un café o algo así?

—Seguro.

—¿Dónde vive su amiga, la de ayer?

—En la calle Doce Este, cerca de la iglesia de San Leandro.

—Y usted partió de allí alrededor de la una, y vino sin prisa, y no sabe a la hora que llegó. ¿Puede decirnos si en el trayecto observó algo anormal o presencié algún suceso que se saliera de lo corriente? Concretemos; poco después de haber abandonado Hoover Bulevar.

Edwin miraba al detective a los ojos.

—No recuerdo que nada me llamase la atención. Pero si me dijeran ustedes qué es lo que buscan, acaso podría orientarme.

Donetti ignoró la sugestión.



En el aire helado de un depósito de cadáveres.

—Después de haber llegado a casa, ¿le prestó a alguien el coche?

—¡Oh, no!

—¿Tiene alguien las llaves de su coche? ¿Algún amigo?

—Que yo sepa, no.

—¿La puerta del garaje cierra bien?

—Hay un candado resistente.

—¿Alguien además de usted tiene llave de ese candado?

—Los Hale, por supuesto. Nadie más.

Donetti parecía aburrido.

—Esta mañana no ha ido a la playa. ¿Qué ha hecho? ¿Se ha quedado aquí todo el día?

—A última hora he ido a Manhattan y he hecho lo que muchos sábados suelo hacer: dar un paseo por Broadway, tomar una copa, almorzar bien y con calma, ver las caras de la gente. Otras veces tengo una cita más tarde. Hoy he vuelto a casa, y de haber tenido una cita, quizá la hubiera anulado. No me siento en forma.

—¿Luto? —preguntó bruscamente el gordo.

Edwin trasladó a él su mirada.

—No comprendo.

—Luto por Tony, que anoche la palmó. ¿Cuándo le vio por última vez?

—No sé de quién me habla.

—De Tony Masscia, pimpollo. ¿Y qué me dice de «Araña» Karpis? ¿Y de Harry Romeo?

Edwin no pestañeó. Se desvanecían sus últimas dudas: Masscia, Karpis, Romeo, los pistoleros de Monroe Street. Era asombrosa la celeridad con que la policía había seguido el rastro.

Antes de que pudiera responder se alzó Donetti del diván.

—Vamos a ver su coche, si no le importa.

—Con mucho gusto.

Descendieron al garaje, y hasta que llegaron abajo no se percató Edwin de que el gordo no les había seguido. No dijo nada. Donetti, cansado, con su aire de hastío, se abstuvo de darle una explicación.

El detective contempló el «Mercury» desde unos pasos de distancia.

—Es suyo, ¿no? Bien suyo.

—Lo será si algún día termino de pagar los plazos.

—Ya. —Donetti examinó las puertas del garaje—. No parece sencillo sacar el cacharro si no se dispone de las llaves del candado. Pero no es imposible. ¿Se oiría el motor desde arriba?

—Se oiría si uno estuviera despierto y si fuera puesto en marcha aquí. El camino de acceso desciende en ligera rampa hacia la calle. El coche puede sacarse con el motor parado.

—¿Ocurriría anoche?

—No lo creo.

—Pero no puede jurarlo.

—¡Júpiter! —exclamó Edwin con vehemencia—. ¿Qué demonio ocurre? ¿He de deducir que mi coche fue visto en otra parte a una hora en que debía estar encerrado? ¿Es eso?

Donetti se encogió de hombros.

—¿Bebió usted mucho con su amiga?

—Un par de cervezas.

—¿Cervezas?

—Me molesta que las mujeres me tomen por un potentado. La cerveza es barata; lo que en Old Tower aman cerveza, quiero decir.

—¿Bebió antes de acostarse?

—Un *bourbon* al llegar a casa.

El detective emitió un gruñido. Se aproximaba al coche arrastrando los pies. Inspeccionó la carrocería, abrió la portezuela, introdujo medio cuerpo, examinó el interior durante unos minutos. Luego fue a levantar la tapa del portaequipajes.

Encendió un cigarrillo mirando a Edwin.

—Monroe Street queda entre Hoover Bulevar y Circle Drive si se ataja a la altura de Judson Street. ¿Pasó por allí anoche?

—Si duda.

—¿No hay nada que le haga recordar si pasó o no?

—No hay nada, agente. Supongo que pasaría, porque es el camino más corto. Mera rutina. Ya sabe usted lo que ocurre cuando uno repite día tras día los mismos actos.

Donetti fumó unos instantes en silencio.

—Volvamos arriba.

Volvieron.

El gordo se había acomodado en el diván. Si practicó algún registro durante el tiempo que estuvo solo nada lo demostraba. Se abanicaba el rostro con un periódico.

—Un último ruego, señor Morgan —dijo Donetti—: nombre y señas de sus dos amigas, la de anoche y la que hoy debía usted haber acompañado a la playa. Espero que no lo tomará a mal.

Edwin dio nombres y señas, delectándose cuidadosamente para que el detective los anotase. Advertía aun sin mirarle, que el gordo no le quitaba ojo.

—¿Algo más?

—Gracias. —Donetti guardó su cuaderno—. Disculpe la molestia que hayamos podido ocasionarle. Estamos buscando un «Mercury»

blanco, descapotable, con placa de Nueva York terminada en seis. El suyo responde a esta descripción y tenemos el deber de verificar los detalles; eso es todo. Usted comprenderá.

Joe se alzó del diván.

—¿Compra siempre todos los diarios de la tarde, señor Morgan?
Edwin se volvió a él.

Los periódicos, con excepción del que el gordo había usado para abanicarse, estaban amontonados junto a la butaca.

—No siempre, pero hoy sí.

—¿Puedo saber la causa?

—Es la misma que les ha traído a ustedes aquí —dijo Edwin lentamente—: el atraco de Monroe Street.

Notó la tensión que sus palabras creaban.

—Muy curioso que le interese eso.

—¿De veras?

—Me gustaría conocer el motivo.

—Los motivos son dos. El primero, que soy inspector de seguros y cualquier asunto de esa índole me afecta directamente. Ignoro cuáles son las compañías a quienes el robo perjudicará, pero es posible que yo tenga que intervenir en el caso.

—¿Dónde trabaja usted? —inquirió Donetti.

—*En la World Life.*

—¿Y el segundo motivo? —preguntó el gordo.

—Es la muchacha.

—¿Qué muchacha?

—Creo que se llama Jennie Romeo; la hermana de uno de los atracadores, o de uno de los presuntos atracadores.

—¿Qué pasó con ella?

Edwin sonrió.

—El periódico que suelo comprar es el *Comet*. Publica su foto. Después de verla he comprado los demás por si traían otras cosas.

—¿La conoce?

—No.

—¿Entonces?

—Uno tiene sus puntos débiles. Esa chica me ha llegado al corazón. Un impacto. —Edwin se encogió de hombros—. Las mujeres han sido hasta la fecha mi pasatiempo favorito.

Donetti preguntó a media voz:

—¿Para obsequiarlas con cerveza en los *dancings* baratos de Greenwich Village?

—Entre horas.

—Vámonos —dijo Joe.

—Buenas noches, señor Morgan. Gracias por su cooperación.

Edwin saludó con un ademán.

Abajo, en la calle, aguardaba el discreto coche negro de los policías. Donetti empuñó el volante.

—¿Qué tal? —inquirió cuando estaban ya en marcha.

Joe miraba por la ventanilla.

—Cualquiera sabe. Salvo todos esos periódicos no he visto en la casa nada fuera de lo corriente.

—De los periódicos ha dado una explicación plausible.

—A su modo. ¿Y el coche?

—Nada. —Donetti condujo unos momentos en silencio. Luego añadió—. Pero ¡Jesús!, cuesta tragarse la historia de una coincidencia. Dos autos iguales, a la misma hora, en los mismos lugares, el número de la placa de ambos terminado en seis. Piénsalo. He visto este mediodía a la mujer y al chico del pobre Richmond. Si ese tipo es culpable le sacaré las tripas. Te lo juro, Joe.

El gordo no contestó.

—Era de noche —dijo al cabo de un rato.

—¿Y qué?

—Tom Gilmore pudo equivocarse. El coche pudo no ser un «Mercury», y pudo no ser blanco, sino amarillo o de otro color similar. El posible, dadas las circunstancias.

Donetti le miró de reojo.

—No me ha parecido que el tipo te cayera simpático.

—No me ha caído simpático. Trato de ser realista. No veo a ese Morgan, por lo que sabemos de él, en combinación con Masscia y «Araña» Karpis.

—Yo sí.

—¿Por qué?

—Trabaja en seguros. Alguien tenía que saber lo que Jack Lawson guardaba en su joyería, el valor del botín y la manera de introducirse en el establecimiento. Un inspector de seguros podría estar enterado de estas cosas.

Joe sacó un pañuelo del bolsillo y restañó el sudor que le mojaba la cara.

—Está bien, nos ocuparemos a fondo de Morgan. ¿Cuál es el próximo de la lista?

—Déjalo. Vámonos a cenar.

El coche descendía a velocidad moderada por Circle Drive.

—Me pregunto —dijo Joe momentos después— dónde estará Romeo. A un granuja como él no le resultará fácil esconderse; y créelo, hasta que Harry Romeo aparezca es prematuro tomar una decisión.

CAPÍTULO IV

No habían sido groseros. No podía decirse que hubieran sido rudos. Estaban en su derecho. Ni siquiera habían levantado la voz en el curso del interminable interrogatorio.

Pero la prueba había sido para Jennie agotadora, una experiencia humillante, un contacto nauseabundo con la miseria, el horror y la suciedad que hasta entonces habían estado gestándose junto a ella y que ella se había negado deliberadamente a ver. Al final, se sentía, no sólo rendida de cansancio, sino manchada, enfangada, salpicada de una inmundicia que no se limpiaban con jabón.

¡Preguntas!

Se habían contentado con hacer preguntas, pero éstas se encadenaron una tras otra en abrumadora espiral a lo largo de todo un día y toda una noche. Los policías estaban en su derecho, por supuesto que sí: disponían de una autorización judicial en regla y una agente femenina se había encontrado presente en todo momento. Jennie no recriminaba a nadie. Comprendía lo que pasaba por las mentes de aquellos hombres y aquella mujer sin piedad; comprendía lo que significaba para ellos la muerte en acto de servicio de sus compañeros Richmond y Gilmore, caídos en defensa de la Ley. Richmond dejaba viuda y un hijo; el joven Gilmore, a su madre. Jennie sabía que si la vida de algún colega había sido sacrificada, los hombres de la policía se tornaban bestias infatigables. Espíritu de cuerpo. Era justo.

Y detrás de aquello, estaba Harry.

Medio millón de dólares en joyas y dos policías asesinados. Harry. La cocaína. Dos condenas. La nauseabunda realidad.

Harry, a quien ella había querido cuidar como una madre, que

era como un niño sin criterio, sin responsabilidad, sin sentido de la vida; un niño eterno que jamás llegaría a ser hombre.

Un robo y dos asesinatos.

Sólo ella le comprendía.

Poco a poco se acumulaba la evidencia irrefutable: Harry había sido visto antes de la medianoche del viernes en un bar de Brownville, donde se reunió con «Araña» Karpis y Tony Masscia. Los tres partieron juntos de allí. Existían testigos. Pero sólo Jennie le comprendía.

Estaba claro todo. La policía quería saber dónde podía haberse ocultado Harry, a quién conocía capaz de prestarle asilo, cuáles eran sus amistades y sus relaciones. El botín, por supuesto, se hallaba en su poder, y un cuarto cómplice le había ayudado. Los agentes no descansarían hasta averiguar la identidad del cuarto atracador.

Esto era.

Luego llovieron nombres: Smith, Bluber, Hopkins Frontino, Morgan, Halseth, Slaughter. Jennie movía la cabeza negativamente.

No, no, no.

Harry era un niño, sólo un niño. Buen chico. Decente. Mala suerte. El pobre Harry. Ella no conocía a sus amigos. No, no, no.

Aquello duró todo el sábado, toda la noche del sábado al domingo, hasta el mismo domingo por la mañana.

¿Un «Mercury» descapotable, blanco o de color claro, placa de Nueva York? No, ella no había visto nunca a Harry con alguien que poseyera un coche así. No, no, no. Bluber, Morgan, Hopkins, Halseth.

—¡No!

—Beba, criatura.

Una taza de café fuerte, caliente, negro.

Los hombres la miraban de un modo peculiar. Entre ellos estaba ahora Whitlock, el detective joven que la había sacado de casa al amanecer del sábado.

Jennie bebió, desfallecida.

—¿Qué hora es?

—Las diez menos diez.

Las diez menos diez de la mañana del domingo.

—¿Quiere comer algo?

—No.

—Va usted a salir de aquí. Necesita reponer fuerzas. Johnny, trae más café y unos *sandwiches*.

—¿Quiere decir que puedo marcharme a casa?

—Podrá. Antes tenemos que cumplimentar una formalidad.

Jennie sabía ya muchas cosas.

Sabía que su hermano era un ladrón y un asesino. Las debilidades infantiles habían terminado. No era cuestión de «tomar prestado» un coche para dar una vuelta con los muchachos y abandonarlo cuando se agotaba la gasolina. Tampoco era cuestión de un hurto acá o allá, lo necesario para la pizca de cocó que hacía la vida más soportable. Hubiera o no apretado él el gatillo del arma homicida, Harry era un asesino, un enemigo público a quien la policía perseguiría por todo el país. ¿Comprenderle? Muy bien. Tiempo y nada más. Un día sería capturado, juzgado, sentenciado y conducido a la silla eléctrica.

¡Comprenderle!

La agente femenina la acompañó a los lavabos.

—De verdad que debería usted comer algo, hija mía...

—¿Cómo quiere usted que coma? ¿Cómo quiere que coma?

—Un par de *sandwiches*.

—¿Por qué no me dejan en paz?

—Hija mía, ya sabe que nada tenemos contra usted. Dentro de unos minutos la acompañarán a casa. Sosiéguese.

Los hombres aguardaban, Whitlock entre ellos, y también el teniente

O'Grady,

recién afeitado, pero con bolsas bajo los ojos.

Jennie no preguntó adónde la conducían. Montó en el coche, se hundió en el asiento. La cabeza le zumbaba. Ver la luz del sol, la mañana de domingo, las gentes paseando, era en parte una sorpresa y en parte una fuente de turbación y de dolor. Ella estaba en un mundo al margen.

—Vamos.

El coche se había detenido.

—Por aquí.

Una mano la sostenía del brazo.

El interior de un edificio sombrío. Voces. Un hombre rubio

ataviado con una corta bata blanca.

—Buenos días, teniente.

—Hola, doc.

—Buenos días.

—¿Es la hermana?

—Sí.

—Ha venido ya Pullock. El fiscal está enterado.

—Terminemos de una vez.

Frío.

La súbita sensación de frío sobrecogido a Jennie. Acababa de entrar en algún lugar donde la temperatura era muy baja; no un lugar climatizado, sino glacial como una cámara frigorífica.

Miró en torno con estupefacción. En torno y ante sí.

—¿Y bien?

La mano sostenía su brazo fríamente.

—Es Harry.

¿Dormido?

Muerto.

El pobre cuerpo de Harry tendido sobre una mesa, bajo la cruda luz y en el aire helado de un depósito de cadáveres.

Jennie hubiera querido llorar.

—Tendrá que firmar el testimonio de identificación.

—¡Ustedes le han matado! ¡Ustedes!

—No nos hubiera faltado motivo. —Era Whitlock quien hablaba —. Pero no hemos sido nosotros. Debió de morir el viernes por la noche, alcanzado por una bala de los hombres del patrullero o asesinado por su propio cómplice. No tenía las joyas consigo cuando le han encontrado, hace poco más de media hora, oculto entre unos matorrales en Caprock Hill.

Alguien estornudó.

—Salgamos de aquí —dijo el teniente O'Grady.

Jennie no tenía lágrimas. No tenía fuerzas para arrojarle sobre el cadáver y cubrirlo de besos. No tenía valor.

Había hecho por Harry cuanto supo, estaba cumplida su poco fructífera misión. Basta. La cólera, la amargura y la furia contenida de los policías que durante más de veinticuatro horas consecutivas la habían sometido al tormento del interrogatorio eran en parte

suyas también. El odio le quemaba el alma. No contra Harry, pobre Harry. Él había sido un niño hasta su muerte, un niño víctima de las reglas inexorables de un juego de hombres. No. El rencor de Jennie se volcaba sobre quienes organizaron el juego y metieron a Harry en él, sobre los verdaderos responsables de la tragedia.

Dos de ellos estaban ya muertos: uno, Tony Masscia, había caído en Monroe Street, y el otro, «Araña» Karpis, expiró la noche anterior en el hospital. Pero quedaba el último, la cabeza, la mente, el hombre por quien la policía preguntaba. Un nombre posible entre tantos nombres: Smith, Frontino, Bluber, Morgan, Hopkins, la larga serie. Jennie sabía que nada podía hacer para contribuir a su captura, y sin embargo lo hubiera dado todo en el mundo a cambio de la certeza de que tarde o temprano terminaría en la silla eléctrica quien había convertido a Harry en un ladrón y un asesino, primero, y luego en aquel miserable cuerpo inanimado.

¡Todo en el mundo por verle sufrir y pagar su culpa!

—Buenos días, doc.

—Adiós.

—Pullock ha dicho que quería hablarle.

—Más tarde.

Calor.

Estaban en la calle.

—Yo la llevaré a casa. Tengo el coche ahí. Márchese a descansar un rato, teniente.

—Okey, Whitlock. Gracias.

Jennie no lloró hasta encontrarse en el interior del vehículo. Entonces sí. Entonces el dolor ascendió como una marea.

—Uno termina por acostumbrarse —murmuró Whitlock. Conducía el coche con la muchacha sollozando a su lado—. A la vida, quiero decir. ¿Me oye?

Pero ella no le oía.

* * *

Ruth Grogan cantaba en la sala un viejo aire de *jazz*. Palabras y música llegaban distintamente hasta Jennie:

—So me of these days
you'll

miss me, honey...

El gerente del club enderezó su negra corbata de lazo.

—Dice que quiere verla. —Ni una frase de condolencia, ni una mirada de simpatía: el gesto frío y desdeñoso habitual en él desde que Jennie frenó en seco sus avances, una semana después de haberse iniciado en el empleo—. Está en su despacho. Vaya, yo cuidaré de la caja. Pudo usted por lo menos, ¿no le parece? Advertirnos de que no vendría anoche. Era sábado.

Jennie no contestó.

Abandonó su puesto con un suspiro y se alejó por el pasillo en cuyo extremo tenía su despacho el propietario del local. Jamás el señor Caldwell la había llamado a su presencia. Al acudir el gerente en su busca pensó que se trataría una vez más de las preguntas, las interminables preguntas, más odiosas todavía que la indiferencia y el desdén. Pero no. Era sólo cuestión de su ausencia de la víspera. Noche de sábado. Trabajo extra. No había avisado. La policía, Harry, la tragedia y la muerte, y ella no había avisado.

Grotesco.

Golpeó la puerta con los nudillos y entró.

—Adelante, Jennie. Cierre la puerta y venga a sentarse.

Orson Caldwell era un veterano de Brooklyn. Había tenido un bar en State Street durante los tempestuosos años treinta, un restaurante en Fulton Avenue durante los cuarenta, y ahora un club nocturno en Hardgrove Bulevar. Con el transcurso del tiempo se le había caído el cabello y había echado carnes. En su boca relucía un diente de oro. Su cara redonda y lustrosa hubiera podido ser la de un Santa Claus si se le adicionaba una barba blanca, pero sus ojos habían visto demasiado, eran demasiado astutos, demasiado cínicos y penetrantes.

Jennie se sentó al borde de una silla frente al escritorio.

—Si es sobre lo de ayer, señor Caldwell, le presento mis sinceras excusas. Me fue imposible...

El la interrumpió levantando una mano.

—Lo sé —sonreía—. No la he llamado para recibir sus excusas.

—La policía me retuvo toda la noche.

—Lo sé. Di por descontado que usted no podría venir. No tiene importancia.

Ella le miró con perplejidad. No tenía importancia. Entonces,

¿para qué la había llamado? ¿Otra vez las preguntas?

—Es usted muy amable.

Caldwell unía y desunía las yemas de los dedos.

—Jennie, ¿qué fue lo que pasó?

—La policía...

—No me refiero a eso. ¿Qué fue lo que pasó con su hermano?

La muchacha bajó los ojos.

—Digamos que tuvo mala suerte en la vida.

—¿Qué fue lo que pasó el viernes por la noche? —puntualizó él.

Su tono se había hecho de pronto cortante—. ¿Regresó Harry a casa después del atraco? ¿Le vio usted?

—¡Oh, no! —exclamó ella—. ¿Cómo quiere que...?

—Es una idea que se me ha ocurrido.

—¡Pero es absurdo, señor Caldwell! Dicen que Harry recibió en Monroe Street una herida mortal, se ha comprobado que la bala que... que le mató fue disparada por el agente Gilmore. ¿Cómo quiere usted que volviera a casa si ha aparecido muerto en Caprock Hill?

—Es una idea —repitió Caldwell, pensativo—. Harry tenía consigo medio millón de dólares en joyas, que al parecer se han desvanecido como el humo. Algo debió de hacer con ellas.

Jennie se ruborizó.

—No... no insinuará que me las entregó a mí...

—No insinuó nada, chiquilla. Pero usted sabe cuán difícil es mantener la buena reputación de un establecimiento como el mío. Sólo deseo desvanecer cualquier sospecha que pueda cernerse, no ya sobre mí, no ya sobre el local, sino también sobre mis empleados.

La muchacha apretó los puños para dominar su indignación.

—Señor Caldwell, el policía que disparó contra mi hermano declaró antes de morir que le había visto escapar en un coche.

—¿Quién conducía ese coche?

—Yo no, por supuesto. Parece ser que en el atraco intervino un cuarto cómplice. Y le niego que no me obligue a hablar de algo que...

—¿Qué sabe usted de ése cómplice?

—Nada. Pero daría mi vida por saber algo. Daría mi vida por enviar a la silla eléctrica al hombre que hizo de Harry un asesino.

Se lo juro.

En la cara de luna de Caldwell la remota sonrisa, con el diente de oro en medio, permaneció inalterable.

—Yo no soy la policía, Jennie. Después de su interrogatorio habrá usted podido convencer a los agentes del décimo precinto de que no sabe una palabra pero yo no soy la policía.

—Señor Caldwell...

—Cálmese. No estoy acusándola de nada. Me limito a pensar que quizá no tiene usted noción exacta de lo que en realidad sabe. Harry y usted vivían juntos y él debía de tener con ese presunto cuarto cómplice una relación bastante estrecha. Es ridículo creer que usted no vio nunca a esa persona, que nunca la oyó mencionar, que no sorprendió alguna conversación telefónica, ¡qué ni siquiera imaginaba que existiese!

—¡Pues así es!

—¿Qué contó usted a la policía?

—¿Qué podía contar, señor Caldwell?

—Cuáles eran las amistades y relaciones de Harry, por ejemplo.

—Admití que él conocía a Karpis y a Masscia, porque es verdad. Desde que salió de la cárcel no había tenido prácticamente otros amigos.

—¿Me mencionó a mí?

—¿Yo mencionarle a usted? ¿Por qué razón?

—Bien, en más de una ocasión he procurado tenderle la mano a Harry, ¿no es cierto? Le di un empleo cuando salió de la cárcel. Quise ocuparme de él. —Caldwell se restregó lentamente la nariz—. Tonterías sentimentales que a veces se le ocurren a uno.

Jennie se mordió los labios.

—No hablé de usted, señor Caldwell. No creo que fuera esa clase de relaciones la que la policía buscaba.

—¿No? ¿Está segura de que ni yo ni mi restaurante fuimos mencionados?

—Estoy segura. ¿Por qué?

El la miraba escrutadoramente.

—¿Cómo?

—¿Por qué se interesa usted tanto por esta cuestión? Agradezco mucho lo que hizo o intentó hacer por Harry. No lo he olvidado. Pero si teme verse por culpa mía en alguna dificultad...

—Estoy convencido de que me veré en ella, criatura.

Jennie sacudió la cabeza.

—Señor Caldwell, todo ha terminado. Harry ha muerto y la policía no tiene ya nada conmigo. No obstante, si considera mi presencia perjudicial para la reputación del club, o para la suya propia, lamentándolo mucho me resignaré a despedirme. Sé cuál es el poder del escándalo. No puedo ofrecerle más.

—Yo diría que sí.

—No comprendo.

—Pues he hablado con suficiente claridad. Su hermano robó en Monroe Street joyas por valor de medio millón y escapó con ayuda de un cómplice. Estas cosas no se improvisan. Usted conocía perfectamente sus relaciones con Karpis y Masscia, de modo que ha de conocer también la identidad de la persona que le ayudó a escapar. No me importa que haya callado ante la policía: sea franca conmigo y yo procuraré arreglarlo todo; pero siga callando y le prometo que se arrepentirá. No quiero encubridoras en mi casa.

—¡Señor Caldwell, por favor!

—Lo siento, Jennie.

—¿No puede usted creerme?

—Nadie podría.

La muchacha se puso en pie. Buscó apoyo en el respaldo de la silla porque sentía sus piernas inseguras.

—Debo considerarme despedida, ¿no es así?

La sonrisa de Caldwell se ensanchó un poco.

—Todo lo contrario, hija, todo lo contrario. Exijo que acuda usted al trabajo, exijo que permanezca a mi lado hasta que se aclare este asunto. Y no se sorprenda si descubre que la hago vigilar.

Jennie miró al hombre con ojos muy abiertos, atónita, como hipnotizada, paralizada como un gazapo ante una serpiente. El miedo le atenazó la garganta. El miedo de algo que no alcanzaba a entender pero que adivinaba cerniéndose ante ella invisible, secreto, callado.

¿Una intuición?

Imposible.

Las gordezuelas manos de Caldwell se movían como marcando el compás de una música que sólo él podía oír. Un hombre obeso y calvo, con su diente de oro; un Santa Claus de ojos cínicos.

Cínicos.

—¿Todo eso, señor Caldwell, es en defensa de su reputación y la de su negocio?

—¿A usted que le parece?

—Me parece que no —dijo Jennie en un susurro.

Volvió la espalda y abandonó el despacho.

Estaba blanca como el papel, le temblaban las manos cuando regresó a su puesto en la caja. El gerente la miró enarcando una ceja, pero no hizo comentario ninguno; simplemente, se levantó y se marchó.

Al instante sonó el teléfono.

—Diga. —La comunicación había sido puesta a la oficina de caja por la centralilla del club—. Diga, ¿quién es?

La mente de Jennie estaba a infinita distancia. Las palabras brotaban maquinalmente de sus labios. Sostenía el aparato junto a su oído sin conciencia exacta de lo que hacía.

—¿La señorita Romeo? —preguntó una tranquila y grave voz de hombre.

—Sí, yo misma. Dígame. ¿Quién es?

—Usted no me conoce. Necesito verla para hablar a propósito de su hermano Harry.

Un escalofrío.

—¿Cómo?

—Tengo la impresión de que podemos ayudarnos.

Jennie se frotó nerviosamente los párpados.

—¿Ayudarnos en qué sentido? ¿Quién es usted?

El hombre replicó con otra pregunta:

—¿A qué hora termina ahí su trabajo?

—A las doce y media. Pero...

—Atiéndame. Descendiendo por Hardgrove Bulevar, tres travesías, a la derecha, hay un bar abierto toda la noche. Estaré esperándola allí a partir de las dos y media. No se preocupe por la manera de identificarme: he visto su fotografía y sabré reconocerla. Haga lo posible, eso sí, para que no la siga nadie. Por favor.

—¿No se trata de un engaño?

—No soy un fresco ni un oportunista, si es eso lo que teme. Ni tampoco un bromista de mal gusto. Pero si la sigue la policía, si noto que alguien la vigila cuando venga a mi encuentro, todo se

estropeará. Usted no tiene en esto nada que perder. Yo sí.

—¡Oiga! —exclamó Jennie.

El hombre había ya cortado la comunicación.

CAPÍTULO V

Los dedos de la muchacha tamborileaban sobre la mesa.

—Está usted loco. Tiene que estar loco.

Dedos largos, finos, sensitivos. Con los nervios a flor de piel, como toda ella. Dedos hechos para acariciar.

¡Júpiter!

Era tal como Edwin la había imaginado: la primera mujer, quizá, que no le decepcionaba en la realidad después de haberla visto en sueños. La figura viva y palpitante como un animalito de la selva en pleno estallido de juventud. Un cuerpo que llenaba admirablemente el ligero vestido negro: luto por Harry. El rostro enigmático, un poco anguloso, con los grandes ojos oscuros henchidos de pasión. Una criatura capaz de amar u odiar hasta la muerte.

—Le he dicho la verdad.

—No niego que pueda ser la verdad; pero es absurdo que me lo haya contado, a mí precisamente a mí. —Ella no había tocado aún su vaso de cerveza—. Ante todo, ¿qué clase de hombre es usted? ¿De dónde viene? ¡Deje de mirarme de ese modo, se lo suplico!

Edwin sonrió.

Había en el bar la clientela característica de la madrugada. Eran las tres menos cuatro minutos: lo indicaba el reloj luminoso colocado sobre la puerta.

Caras lívidas, caras congestionadas por el alcohol, caras recargadas de maquillaje. Desde el último reservado lateral, donde se hallaban, Edwin podía ver a cuantas personas se encontraban en el mostrador y a cuantas entraban y salían. Jennie, en cambio, sentada frente a él, daba en aquella dirección la espalda.

—Soy sólo un hombre como tantos otros.

—No le comprendo. No le comprendo en absoluto. Le creo, ¿por

qué no? Pero no puedo llegar a comprenderle. Eso ocurrió el viernes. Han pasado dos días desde entonces, y soy yo, ¡precisamente yo!, la primera persona a quien lo cuenta.

—Porque a nadie le importa más que a usted.

—¿Y necesitaba contarle?

—No, ni mucho menos. De no existir usted me hubiera guardado para mí la historia.

Jennie tomó un cigarrillo del paquete que él había dejado sobre la mesa, pero no lo encendió.

—El «Crazy Bull», donde trabajo, no es un lugar selecto: la mayoría de los indeseables de Brooklyn, y a veces de otros puntos de la ciudad, han desfilado por la sala. Sé cómo son. Sé que no parece usted un *gángster*, ni un ladrón, ni un asesino. Sin duda es lo que pretende: un inspector de seguros; un hombre como tantos otros, que sin embargo me cita aquí de madrugada, me habla de Harry, afirma que mi hermano se refugió en su coche al ser herido en Monroe Street, confiesa sin reparo estar en posesión de las joyas robadas... ¿Por qué? ¿Qué razón tiene para contarme todo eso?

—Trataré de explicárselo. —Edwin accionó su encendedor para que ella aplicase la llama al cigarrillo. Notó que la mano de la muchacha temblaba—. Su hermano era un mocoso estúpido que rodó por la pendiente, y usted es una buena chica, una excelente chica que ha pagado sin culpa las consecuencias. De haber podido hacer algo por él la noche del viernes le juro que lo hubiera hecho, pero murió a los pocos momentos de haber montado en mi coche. Digamos que me han quedado las ganas. Alguien estropeó a Harry, ¿no es así? Alguien le convirtió en un asesino y le condujo a la muerte. Alguien te la ha hecho sufrir a usted. Ya sabe a quién me refiero: la policía acierta al suponer que la naturaleza del atraco a la joyería señala una cabeza rectora, un responsable, una mente capaz de planear el golpe como fue planeado. Quiero encontrar a ese hombre, y estoy seguro de que usted lo quiere también.

Jennie le miró a través de la tenue columna de humo.

—Puede que no se equivoque en ello. Pero a usted, ¿qué le impulsa? No me diga que la generosidad. ¿Se trata de su trabajo? ¿Es un inspector de seguros, una especie de detective al servicio de las compañías?

—Un inspector de seguros daría por terminado su trabajo con la

recuperación de las joyas; es el rescate del botín lo que le interesa, no el castigo del ladrón.

—¿Entonces?

—Deseo ayudarla a usted.

—Señor Morgan, hace años que no creo en las hadas.

—Le bastaría con creer en los hombres.

—¿Cuál será el precio de su ayuda?

—Cualquiera que sea no le corresponderá a usted pagarlo. A cambio de mi ayuda, a usted, no le pido más que otra ayuda. Compréndalo. Soy completamente ajeno al medio en que se movía su hermano, no conozco a uno solo de esos indeseables a que usted se refería hace un momento; ignoro quién puede en Brooklyn planear un atraco como el de Monroe Street, quién está en condiciones de desprenderse impunemente de medio millón de dólares en joyas robadas...

—¿Espera que yo le diga eso?

—Espero que contribuya a que lo digamos entre los dos.

Jennie hizo ademán de levantarse. Él se lo impidió extendiendo bruscamente el brazo a través de la mesa.

—Suélteme.

—No.

—¡Suélteme! Su cerebro, señor Morgan, no funciona como es debido. Llevo dos días escuchando la misma pregunta: la cabeza, la mente, el responsable, el cuarto cómplice, ¿quién es? Si tuviera la más mínima sospecha se la hubiera comunicado ya a la policía.

—¿Pero quiere o no quiere encontrar a ese hombre?

—Esto a usted no le importa. Quítese la careta de una vez. En efecto, no es fácil para una persona ajena al medio en que se movía Harry desprenderse impunemente de medio millón de dólares en joyas robadas.

En los sombríos ojos ardía ahora una llamarada de ira.

Edwin se llevó el vaso de cerveza a los labios y miró a la muchacha por encima del borde. Con la otra mano la retenía aún.

—¿En qué está pensando?

—En su maniobra. En su desesperada maniobra. Ha tenido durante dos días las joyas en su poder y empieza a darse cuenta de que no puede quitárselas de encima. ¡Oh, cielos, qué listo! Si alguien le conduce a la persona que organizó el robo y que ahora se

ha quedado sin el botín, a la única persona que parece capaz de colocar la mercancía, que debió de haber previsto de antemano la manera de colocarla...

—¿Es eso lo que supone de mí? —interrumpió él apaciblemente—. ¿Cree que intento encontrar a ese hombre para venderle las joyas?

—¡Niéguelo!

—Las joyas son asunto mío.

—¡Niéguelo! —repitió ella—. ¿Por qué no las ha entregado a la policía? ¡Conteste! ¿Por qué no las entregó el mismo viernes por la noche? Usted se llama Morgan. ¿Sabe que su nombre figura en la lista de sospechosos? ¿Sabe que la policía me lo repitió doscientas o trescientas veces preguntándome si era usted amigo de Harry?

—No me sorprende. Poseo un «Mercury» descapotable, blanco, con placa de Nueva York que termina en seis. Es la única razón de que los detectives del décimo precinto se hayan fijado en mí.

Jennie sacudió el brazo para librarse de la mana que la retenía. Luego echó su silla atrás.

—Mire, señor Morgan, mi hermano ha muerto, y no digo que no lo mereciera, ni tampoco guardo rencor al agente que disparó contra él. Pero sólo de pensar en las joyas me pongo enferma, me dan náuseas, me entran ganas de vomitar... ¡Medio millón de dólares! Detesto esas joyas tanto como a los hombres que impulsaron a Harry a robarlas...

Su voz se velaba. Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—Le suplico que se calme —dijo Edwin.

Ella inclinó la cabeza y contuvo un sollozo. Se dominó penosamente. Cuando alzó los ojos de nuevo continuaba ardiendo en ellos la ira, pero Edwin se percató entonces de que no estaba dirigida contra él. Era impersonal, era abstracta. Y sin embargo, en cierto sentido, dolía más que un desprecio.

—Si yo pudiera hacer algo para conseguir el castigo del hombre que perdió a Harry, si hubiese en el mundo algo que yo pudiese hacer, ¡creo que daría hasta la vida! ¡Oh, Dios! ¿Y usted imagina que voy a ayudarle a vender a ese hombre las joyas? ¿Espera que le ayude a enriquecerse a costa de quien llevó a mi hermano a la muerte? ¡Le he dicho que está loco! ¡Y si no lo está es un imbécil o un canalla! Harry... Harry era tan débil... Siempre supe que no

valía para mucho. Si le hubieran dejado en paz, ¡si solamente le hubieran dejado en paz! Pero no. No le dieron ocasión. Esa gente necesita de infelices como él para sus cochinos negocios, para que corran los riesgos que ellos no corren...

—Cállese.

La muchacha no oía. Edwin hubiera jurado que no le veía siquiera, que le ignoraba, incluso sin pretenderlo; que hablaba para sí misma, que le había olvidado. Luego, de pronto, la mirada de ella le perforó.

—En cuanto a usted, señor Morgan, si es cierto que tiene las joyas en su poder, quédese las. —Hablaban con asco—. Y si no es un criminal, devuélvalas a sus legítimos dueños. No le ayudaría aunque pudiera, ¡entérese! No vale usted más que Orson Caldwell o que cualquiera de los...

La voz de Edwin sonó como un trallazo:

—¿Quién es Orson Caldwell?

Jennie se sobresaltó. Semejó hundirse súbitamente en la inmediata realidad como si se hubiera arrojado a un lago. La llama de la ira se apagó en sus ojos, y algo asomó a sus pupilas que Edwin creyó reconocer: miedo.

¿Miedo?

—Olvídese de ese nombre. Olvide que lo he pronunciado.

—¿Por qué?

La muchacha se puso en pie, y él no pudo ahora impedirlo.

—Esto es todo, señor Morgan. Si quiere un consejo sincero, vaya a franquearse con la policía y despréndase de las joyas cuanto antes.

—Repito que las joyas son asunto mío. Y le he hecho una pregunta.

—Como guste. —Ella se encogió de hombros, cansada, abatida, desvanecida de un soplo la tensión nerviosa que habíala sostenido hasta entonces—. Me marcho, señor Morgan. He acudido a la cita y hemos tenido la conversación que usted deseaba. Por mi parte, de corazón anhelo que no volvamos a vernos nunca más.

Dio media vuelta y se alejó.

Edwin la siguió con la mirada a través del local, hasta que desapareció por la puerta de la calle. Su rostro permaneció impasible. Sólo su rostro. Por dentro experimentaba una vaga tristeza, una amarga sensación de abandono; como si hubiera

perdido algo muy estimado, no sabía exactamente qué.

* * *

Fue una gran sorpresa, y en el fondo una estúpida sorpresa.

En la estupidez, no en la sorpresa, estaba lo indignante, lo que sublevó a Edwin. ¿Cómo no lo había previsto? Miedo, ni hablar. Cuando encendió la luz del apartamento pensó únicamente en cómo no habría contado con que aquello debía o podía ocurrir. Un hombre inteligente quizá lo habría adivinado; un criminal lo habría presentido. Pero miedo no.

Y allí esperaban.

Los mismos: el gordo Joe y el melancólico Donetti, uno cerca de la puerta, el otro recostado en el diván.

—Adelante —dijo Joe—. Adelante sin cumplidos, señor Morgan. Como si estuviera usted en su casa.

Edwin cerró la puerta.

—¿Qué significa esto? ¿Cómo han entrado aquí?

Donetti miraba al suelo.

—Mañas que uno aprende con los años. Venga acá y siéntese, señor Morgan. Tenemos que hablar.

Sin disimular su disgusto, pero tranquilo, dueño de sí, Edwin avanzó hasta su butaca habitual. Titubeó un instante. Luego se sentó en ella.

—Supongo que alguna ley prohíbe la entrada en un domicilio particular sin el permiso del propietario, incluso a la policía.

Era una observación pueril. Donetti la ignoró.

—¿De dónde viene usted?

—De la calle.

—Viene de la calle —subrayó el gordo con su pesado sarcasmo—. Es un ciudadano intachable que supone que existen leyes prohibiendo esto, lo otro y lo de más allá. No es un mentiroso ni un simulador. Intachable. Franco. Se le pregunta de dónde viene y contesta que de la calle. La verdad pura. —Avanzó unos pasos cerrando los puños. Su sarcasmo se esfumó al agregar—: Morgan, le juro que...

—Déjalo, Joe. —El flaco se puso cansadamente en pie—. Insisto en que soy yo quien se ocupa de esto. —Contempló a Edwin de

arriba a abajo. Su voz era suave, pero sus ojos tenían la dureza del acero—. Creo necesaria una pequeña explicación, señor Morgan. Interrúmpame si le fatiga escucharme.

Edwin sostuvo su mirada sin pestañear.

—No diga tonterías.

—Está bien. Me parece recordar que en nuestra anterior visita quedó bastante claro el hecho de que nos ocupamos del atraco de Monroe Street. Medio millón de dólares en joyas. Sin embargo, a pesar del valor considerable del botín, y a pesar de que los atracadores hayan conseguido escamotearlo, no es esto lo que nos interesa; o por decirlo con más propiedad, no es lo que nos interesa primordialmente. Ocurre que dos compañeros nuestros murieron cuando intentaban reprimir el delito. Uno era más joven que usted, un muchacho alegre y saludable, dinámico, activo, recién ingresado en el servicio y ansioso de poner a prueba su voluntad. Se apellidaba Gilmore. Yo no le conocía más que de vista, porque era nuevo, porque estaba destinado a la patrulla nocturna y porque los veteranos cometemos el error de no dar en muchas ocasiones la beligerancia merecida a los noveles. Tom Gilmore nunca alcanzará ya la veteranía. Deja a su madre, viuda, enferma, sola, sin otro hijo que él y a la cual mantenía con su modesto salario. El otro hombre, Charlie Richmond, me había pagado una copa más de una vez. A Richmond sí le conocía. Una amistad de años. Excelente policía y padre de familia ejemplar, recto, sano de espíritu, de una honestidad a toda prueba. Hubiera usted apreciado a Charlie, señor Morgan. Todos le apreciábamos. Y su muerto me afecta profundamente, oréalo. Fui padrino de su hijo, su esposa y la mía se tutean, nuestros chicos asisten a la escuela juntos... Por supuesto, señor Morgan, va usted a tomarme por un sentimental. Mucha gente tiene amigos y los pierde un día u otro; no exactamente como nosotros hemos perdido a Richmond y Gilmore, pero los pierde.

Edwin estaba inmóvil en la butaca.

—Lamento todo eso, aunque no veo de qué modo me atañe.

—Entre nosotros se toma muy en serio la muerte de un colega.

—La voz de Donetti se hizo más suave aún—. No la perdonamos. No la perdonamos nunca. —Suspiró—. Y dice que no ve de qué modo este asunto le atañe, ¿verdad? Pues bien, señor Morgan, por increíble coincidencia usted se encontraba el viernes por la noche

en Monroe Street en el momento, o casi en el momento, en que fue cometido el atraco, y por otra coincidencia más increíble todavía posee usted un coche del mismo modelo, color y marca que el utilizado en su fuga por uno de los atracadores. Esto parece una caja de sorpresas. Resulta por añadidura que la placa de su vehículo termina con el mismo número que la del coche en cuestión. ¿Podemos seguir hablando de coincidencias, señor Morgan? ¿Qué opina usted?

—¿Y usted? —preguntó Edwin fríamente.

Donetti hizo una mueca.

—Yo me permito maravillarme de que usted afirme no saber nada de ese crimen, de que no vea de qué modo le atañe la muerte de nuestros dos compañeros caídos en el cumplimiento de su deber. Dice usted que no conocía a ninguno de los tres pistoleros que participaron en el golpe, que nunca oyó hablar de Harry Romeo, «Araña» Karpis y Tony Masscia. Y no obstante, esta misma noche, sin duda en virtud de otra de esas asombrosas coincidencias, ha pasado usted un rato que imagino muy agradable en compañía de la hermana de uno de esos hombres. Se ha encontrado con ella en un bar muy a propósito, han tomado unas cervezas, sus clásicas cervezas, señor Morgan, y han charlado con la mayor animación. No vaya a figurarse que le recrimino por ello: conozco a la muchacha y no puedo menos que felicitarle por su buen gusto, envidiando al propio tiempo su juventud, su libertad y su suerte. Pero ¿quiere que le confiese una cosa? ¿Quiere que le hable con claridad? ¡No ha sido solamente envidia lo que he sentido al saberlo!

La última frase había sonado como una explosión.

Edwin enderezó la cabeza.

—¿Qué le pasa?

La voz suave se transformó. Ya no hubo en ella calma, ni amabilidad, ni indulgencia.

—¡Maldito bastardo! —exclamó el detective vivamente—. ¡Usted cantará! ¡Usted cantará, o por mi padre que he de arrancarle las tripas!

Por el rabillo del ojo vio Edwin que el gordo se aproximaba resollando, acicateado por el estallido de cólera de su compañero. Intentó alzarse de la butaca. Joe llegó antes, proyectó su enorme

puño y se lo incrustó en el estómago. Dos veces volvió a golpearle, ahora en la cara, con un movimiento de ida y vuelta que hizo oscilar la cabeza de Edwin sobre sus hombros.

Éste consiguió escabullirse, deslizarse al suelo. Desde allí se levantó como impulsado por un muelle. Capturó al gordo en una rápida presa, le volteó, y Joe se derrumbó como un elefante fulminado por un rayo. Edwin se dejó caer de rodillas sobre su tórax, cargando todo su peso. El aliento escapó bruscamente del pecho del policía con un alarido de dolor. Un hachazo brutal con el canto de la mano en el puente de la nariz le dejó fuera de combate.

Edwin se levantó. El 38 de Donetti le apuntaba al vientre.

—Una treta de infante de marina —dijo entre dientes el detective—. Conozco esa manera de luchar. Puede haberle roto la base del cráneo.

—Lo celebraré. No consiento que me ponga las patas encima nadie, y menos un asqueroso hijo de perra sudado como él.

Donetti entornaba los párpados.

—Cuide de que no le rebajen los humos, Morgan.

—¿Tiene usted algo contra mí? ¡Diga! ¿Tiene alguna condenada acusación que formular? ¡Terminemos de una vez! Le dije ayer que me interesaba Jennie Romeo. ¿Por qué le enfurece ahora que haya trabado conocimiento con ella?

—¿De qué han hablado?

—¡Del tiempo! ¿Y quién le ha soplado que estábamos juntos?

—Esa chica se halla sometida a vigilancia. El agente encargado de su custodia ha visto en las cercanías del bar el coche de usted y me ha prevenido por teléfono.

Edwin sonrió sin alegría.

—Espero que ello le haya obligado a saltar de la cama.

—No.

—Otra vez será. Ahora, ¿quiere usted hacerme el favor de acuartelar la artillería, recoger a su chimpancé y marcharse?

Donetti avanzó hacia Joe y le golpeó con el pie. El gordo gruñó, y se incorporó sobre un codo. Le manaba sangre de la nariz.

—Terminemos de una vez, como usted dice. ¿Qué propósito encerraba su conversación con la chica Romeo?

—Hablar...

—Lo del tiempo ya lo oí antes.

—Darle también el pésame por la muerte de su hermano. — Edwin vigilaba a Joe, atento a lo que éste haría cuando despertase del todo—. Las mujeres han sido siempre mi distracción predilecta. Desde que vi la foto de Jennie Romeo estoy pensando que ella es alguien a quien vale la pena conocer.

—Detesto a los cínicos —gruñó el detective. Devolvió el revólver a la funda axilar—. Es una lástima que no se le haya ocurrido dar el pésame a la viuda de Richmond y a la madre de Gilmore. Ellas sí son personas a quienes vale la pena conocer.

—No lo dudo.

Joe se había puesto a gatas.

En aquel instante sonó el timbre del teléfono.

Donetti miró a Edwin, y luego, anticipándose a su acción, se dirigió hacia el aparato, lo levantó y se lo aplicó al oído.

No disimuló su decepción.

—Sí, soy yo, estoy aquí todavía. —La llamada era para él—. ¿Qué pasa? ¿Quién eres tú?

El lejano interlocutor replicó con una larga parrafada que el detective fue salpiteando a intervalos de murmullos indistintos. Tres veces, mientras escuchaba, posó en Edwin una mirada perpleja.

Donetti dijo al fin:

—Iré dentro de unos minutos. —Colgó—. Cuando se ha separado usted de la chica Romeo, Morgan, ¿qué se proponía hacer ella?

—Regresar a casa, supongo.

—¿Por qué no la ha acompañado?

—Porque la cosa no ha venido así.

—¿No será que ella sabía que estaba usted mezclado en el atraco y no deseaba que se exhibieran juntos?

—Yo no estoy mezclado en nada —dijo Edwin con hastío—. Todo lo que sé de ese asunto lo he leído en los periódicos. ¿Hasta cuándo habré de repetírselo para que se le incruste en la cabeza? ¡Júpiter! ¿Me hacen usted y su mono el favor de desaparecer de aquí? Mañana es lunes, debo trabajar, necesito levantarme temprano.

Donetti se inclinó sobre su compañero, le agarró y tiró de él para ayudarle a ponerse en pie. Joe parecía borracho. La hemorragia nasal estaba dejándole camisa, corbata y chaqueta perdidas de sangre.

—Morgan, esto es sólo el principio.

—Lo supongo. La mayoría de los fracasos de la policía se deben al empeño ciego de seguir una pista falsa sólo porque resulta más cómoda o agradable que la buena. Adelante, no se prive por mí.

—Esta vez le aseguro que verificaremos cada una de las palabras que ha pronunciado e investigaremos el menor de sus movimientos —agregó el detective con ceñuda obstinación. Sostenía dificultosamente a Joe rodeando con un brazo su cintura de tonel—. Revolveré en su vida hasta no dejar ni un pellizco de porquería oculto. Cuando terminemos lo sabremos de usted todo, todo, ¡todo! ¡Prepárese!

Edwin echó a andar hacia la puerta y la abrió.

—Empezaré a prepararme desde ahora. Buenas noches.

Donetti empujó al gordo hacia la salida.

—Le freirán a usted en la silla, Morgan. Juro que le freirán si la mitad de lo que yo sospecho es cierto. El refrán dice que quien ríe último ríe mejor.

Los dos policías desaparecieron.

Durante mucho tiempo después que se hubieron marchado permaneció Edwin inmóvil con la mirada clavada en la puerta.

¿Prepararse?

Tenía plena conciencia del riesgo que acababa de correr. Fuera, en el jardín, había dos buzones: uno con el nombre de los Hale, otro con el suyo. Dentro de su buzón reposaba una carta que él mismo se había enviado el sábado por la mañana desde la estafeta postal de los «Almacenes Kilgallen». Había estado allí todo el día. La dejó adrede: nadie abandona en el buzón un documento importante.

De haberla tenido consigo, de haberle registrado la policía. ¡Júpiter!, todo sería distinto ahora. Una carta, un boleto, un maletín guardado en la consigna de Madison Station. Las joyas ocultas en el maletín: una condena por robo; el revólver: una condena por asesinato.

Y quizá un ascenso para Donetti y el gordo.

CAPÍTULO VI

El teniente
O'Grady
dijo:

—Me importa un pepino que duerman o no duerman. Dormilones los hay por todas partes a centavo la docena; si los necesito los compraré.

Tormenta.

Joe se palpó la nariz, dolorida e hinchada, y miró a Donetti de reojo. Whitlock se encontraba presente, y los detectives Rackley y Bryce, quienes trabajaban asimismo en el caso. Por supuesto, O'Grady

podía hablar como hablaba: a las nueve de la mañana, fresco como una rosa tras una noche de sueño reparador, recién afeitado, camisa limpia. Los demás, un cuerno. Él era el teniente. Él tenía derecho a reunir en su despacho a los cinco cansados detectives y echarles un sermón. El sí.

—¿Han leído los periódicos esta mañana?

—No estoy para periódicos —refunfuñó Donetti.

O'Grady

empujó hacia él, a través de la mesa, dos o tres ejemplares, pero el detective ni siquiera los miró.

—El atraco se cometió el viernes por la noche, hace más de dos días, ¿y qué? Medio millón de dólares robados y dos patrulleros asesinados: en Brooklyn no habíamos tenido un asunto tan grave desde el año cincuenta, y entonces las cosas no eran lo que ahora son. ¡Lean lo que el Herald publica! ¡Léalo, Donetti!

Luego puede usar el periódico para darle lustre a la placa.

—Sí, claro, la culpa es nuestra —dijo el aludido. Miraba por la

ventana—. Pobres idiotas que nos pasamos la noche sin dormir. El año cincuenta dormíamos todos.

—Yo no acuso a nadie.

—¡Oh, no! Usted no acusa a nadie.

—Estoy limitándome a poner en evidencia el hecho de que desde el viernes por la noche no hemos obtenido en lo que al caso de Monroe Street se refiere, el menor resultado. Estoy advirtiéndoles que la clase de publicidad que empieza a volearse sobre nosotros no nos produce ningún beneficio. —

O'Grady

golpeó con la mano los periódicos—. Ustedes quieren conservar su empleo y yo también. ¿Entonces? A Jack Lawson no le ha gustado que reventaran su joyería, y remueve cielo y tierra para que se ejerza presión sobre nosotros. Las compañías de seguros vociferan. Charlie Richmond y Tom Gilmore han muerto. ¡Infierno! No les pido que hagan milagros, pero si sólo un milagro puede sacarnos del caos, ¡amigos!, salgan a la calle y háganlo. Necesito un culpable por lo de Monroe Street. Un culpable vivo, no un trozo de carroña como «Araña», Masscia o Romeo. Vayan a por él.

El detective Bryce murmuró una maldición.

—¿Lo prefiere envuelto en papel de seda?

—No bromeo, Sam.

—Eso me parecía a mí.

—El ayudante del fiscal me ha llamado esta mañana antes de las ocho. Pueden imaginar lo que me ha dicho.

—Me resulta más fácil imaginar lo que le diría yo a él —intervino Whitlock con desgana—. ¿De veras cree, teniente, que resolveremos esta situación hablando del ayudante del fiscal, leyendo periódicos y pidiendo milagros?

—¿Va usted a enseñarme mi oficio? —inquirió

O'Grady,

sarcástico y desdeñoso—. Whitlock, permítame recordarle que el único testigo importante de que disponíamos había sido encomendado a su custodia. ¿Cuál es la noticia de actualidad esta mañana? El testigo ha desaparecido. Me refiero a Jennie Romeo, naturalmente.

—Yo la hubiera detenido si se me hubiese dado la orden.

—¿Detenerla para qué? La chica interesaba en libertad. ¡Buen

Dios, lo menos que podían ustedes hacer era vigilarla cuidadosamente! ¡Estábamos todos de acuerdo en que tarde o temprano conseguiríamos a través de ella algún dato de interés! ¿Y qué ocurre? La muñeca se desvanece en la noche. No sabemos cómo, no sabemos por qué, no sabemos dónde se oculta. Los periodistas aguardan ahí fuera, Whitlock. Les he prometido un comunicado. Después de los editoriales que el público ha leído esta mañana, ¿no le parece que la gran noticia completará el cuadro que esos vampiros están deseando trazar?

Rackley carraspeó.

—Era yo quien vigilaba a la Romeo cuando desapareció. Si tiene usted que abroncar a alguien, abróñqueme a mí.

—No pretendo...

—Se reunió con Edwin Morgan en el bar de Teddy Shapiro, en Hardgrove Bulevar, apenas terminó su trabajo en el club —siguió diciendo estólidamente Rackley—. Avisé a Donetti, pero luego, cuando la chica y Morgan se separaron, tuve que elegir entre los dos. Supuse que ella se marcharía a casa. Morgan era la sorpresa, el elemento nuevo. Si también él se marchaba a casa, muy bien: allí estaría esperándole Donetti. ¿Y si no? ¿Y si me encontraba al comienzo de una pista clave? ¡La pequeña Romeo se había apurado mucho para asegurarse de que nadie la seguía hasta el bar! Total, que elegí a Morgan y metí la pata. Se fue directo a Circle Drive, y en cambio Jennie Romeo no llegó a casa, desapareció por el camino. Ahora desahóguese.

O'Grady

tenía el rostro ligeramente congestionado.

—No dejó de ser una negligencia, Rackley.

—Muy bien; desahóguese, le digo.

—¡Tonterías! ¿A qué viene esa obsesión por Edwin Morgan? He examinado con la mayor atención todos los informes referentes a ese individuo y salta a la vista que no hay manera de encajarle en el panorama; no hay manera humana de encajadle, y lo contrario es darse de cabeza contra la pared.

—De cabeza contra la pared le daría yo a él —intervino abruptamente el gordo Joe—. ¡Cristo! ¡Tráiganle acá, déjenle de mi cuenta y ya verán si encaja o no encaja en el panorama! ¡Qué le corten las agallas es lo único que necesita!

El teniente frunció el entrecejo.

—Morgan no es la clase de tipo a quien se puede someter a tratamientos de tercer grado sin que haya consecuencias graves. Debería usted saber eso mejor que yo.

—Lo sabe —dijo Donetti con amarga ironía. Se tocó significativamente la nariz—. De todos modos, teniente, nos ocupamos de Edwin Morgan. Busby se ha convertido en su sombra, tiene instrucciones de seguirle a todas horas y a todas partes. Estamos realizando sobre él una investigación a fondo. Es un fanfarrón, y a los fanfarrones conviene darles la sensación de libertad, soltarles cuerda; casi siempre terminan ahorcándose.

O'Grady

se encogió de hombros, dubitativo.

—Es posible. En fin, concretemos. Repito que los periodistas aguardan y me gustaría prometerles para dentro de poco revelaciones positivas. Pero no quiero hablar sin una base sólida. ¿Se atreven a afirmar que Morgan constituye esa base?

Hubo un instante de silencio.

Joe miró a Donetti.

—Sí —dijo éste.

—¿Y la chica Romeo?

—La encontraremos. Hay algo entre ella y Morgan...

—¿Qué es?

—Lo que sea no tardará en salir a luz. Resulta muy significativo que Jennie Romeo haya desaparecido inmediatamente después de haber hablado con él.

—Está bien, muchachos. —

O'Grady

se levantó: era una despedida—. De ustedes depende todo. Procuren tener presente que un fracaso en este asunto nos hundirá, lo mismo a ustedes que a mí. Buena suerte.

Los detectives abandonaron malhumorados el despacho.

Joe asió del brazo a Donetti cuando estuvieron fuera.

—¿Tú crees eso?

—¿Qué?

—Lo de que Morgan es una base sólida.

Donetti titubeó.

—Joe, no me vuelvas loco. Tú sí lo crees.

—Yo no creo nada. —El gordo se humedeció los labios con la lengua—. Me gustaría cortarle las agallas, me muero de ganas de darle de cabeza contra la pared; es un tipo que me inspira asco desde la primera vez que le vi, y estoy seguro de que yo se lo inspiro a él lo mismo. Pero no creo nada.

Donetti dejó escapar un gemido.

—No me vuelvas loco, Joe —repitió.

* * *

Israel Goldstein examinó con secreta complacencia al hombre que tenía delante; un hombre reputado en todo Brooklyn como rico, poderoso, influyente; un hombre que en realidad se hallaba en sus manos.

Sus largas y flacas manos.

Goldstein no sonrió. Era un judío de aspecto solemne y facciones pesadas, en quien sólo los ojos traicionaban la inteligencia aguda y templada como un estilete de acero. Había cumplido cuarenta años hacía un mes, pero aparentaba muchos más. Vestía siempre de oscuro. Sus trajes, sus sombreros, incluso sus zapatos, por nuevos que fueran, tenían un aire pasado de moda que él había incorporado por entero a su personalidad.

—Mi querido Caldwell —dijo con voz incolora—, habrá que tomar una decisión. Estamos ya a lunes. Todas sus promesas han fallado, y sabe usted que a mí esto no me gusta.

El diente de oro de Orson Caldwell brillaba en una forzada sonrisa.

—Temo que se equivoca. Todas mis promesas siguen en pie.

—¿Olvida que el sábado debía quedar nuestro asunto cancelado? Caldwell replicó:

—¿Olvida los inconvenientes que surgieron el viernes por la noche?

—Eso no me incumbe.

—Navegamos en el mismo barco, Goldstein, lo quiera usted o no —dijo el dueño del «Crazy Bull Blub» con fría calma—. Conoce mejor que yo el estado de mis finanzas: le debo ochocientos mil dólares, mis disponibilidades ascienden a medio millón, y mis fuentes de crédito se han agotado. No tengo otra manera de cubrir

la diferencia que recurriendo a las joyas de Monroe Street. Ése fue el trato convenido.

El judío sostuvo con ojos como brasas la mirada de su interlocutor.

—No me gusta hablar de esas cosas. Las paredes oyen.

—Aquí sólo me oyó usted.

—Querido Caldwell, ha llovido mucho desde la fecha en que establecimos nuestro convenio. Y ha llovido sangre, que es lo peor. Cinco hombres muertos en Monroe Street, dos de ellos policías: uno se estremece al pensarlo. Yo quiero mi dinero. No tengo la culpa de que encomendara usted el trabajo a tres torpes aprendices, a tres débiles mentales sólo aptos para matar y morir. Comprenderá que ahora es todo mucho más difícil, en primer lugar porque el chaparrón de sangre que usted ha provocado ha salpicado las joyas con manchas indelebles. Para mí resulta...

—Déjese de frases literarias, Goldstein.

—Utilizaré frases comerciales —asintió el judío, impasible—. Es posible que la adquisición de esas joyas ya no me interese, aun suponiendo que llegue usted a recuperarlas. Cinco cadáveres representan una baja importantísima en su cotización.

Caldwell se puso bruscamente en pie. Por un momento estuvo a punto de ceder a la cólera. Luego se dominó, sacó su rechoncho cuerpo de detrás del escritorio y dio unos pasos por el despacho abriendo y cerrando los puños.

Al fin dijo:

—Usted no me hará una jugada así.

—El tiempo vuela, querido Caldwell, y mi dinero es mi dinero.

—¡Basta de llamarme querido Caldwell!

Israel Goldstein le estudió con mirada pensativa.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó después.

El propietario del club se detuvo ante él.

—¿Qué muchacha?

—Me han informado hace un momento de que la hermana de Harry Romeo desapareció la pasada madrugada. La noticia no tardará en ser del dominio público. ¿Dónde está?

Caldwell hinchó el pecho.

—A buen recaudo.

—Muéstreme la mano izquierda.

El dueño del club obedeció maquinalmente. Su mano ostentaba las marcas rojas, inconfundibles, de la mordedura de una boca humana.

—¿Y bien?

—Me había parecido ver la señal de unos dientes, pero no estaba seguro. —El rostro del judío expresaba franca reprobación—. La muchacha, ¿eh? Bien, Caldwell, ¿qué ha hecho usted con ella? ¿Ha perdido el juicio? ¡Un hombre en su situación no puede permitirse esas locuras! ¿Ha construido algo de la chica? ¡Seguro que no! ¡Seguro que no había nada que conseguir! La policía la exprimió como un limón, y de haber sabido algo se lo hubiera contado a ellos... ¿Ha pensado en cómo se la quitará de encima ahora?

—¡Cállese!

—Está usted listo, Caldwell.

—¡Cállese, le digo! ¿Qué diablo le ocurre? ¿Me toma por un verdugo de mujeres? A la chica no le he hecho nada. Me he limitado a exprimirla un poco más por mi cuenta: unas preguntas, algún que otro cachete para animarla a hablar, eso ha sido todo.

—¿Y ha hablado?

—Hablará.

Goldstein sacudió la cabeza con pesadumbre.

—Lo lamento de veras. ¡Algún que otro cachete! ¿Espera que luego ella le dé las gracias? ¿Imagina que en cuanto recobre la libertad correrá a comprarle un obsequio en reconocimiento del trato recibido? Veamos, Caldwell, no parece usted darse cuenta de que lo primero que hará la chica será contar lo que le ha pasado. Se arrojará en brazos de la policía. Y si no es completamente idiota, y no creo que lo sea, comprenderá con absoluta claridad cuál ha sido el motivo de su secuestro.

—Nada de eso. La mocosa sabe muy bien...

—¿Habré de creer que el idiota es usted? —interrumpió el judío. Su voz mortecina, a impulsos de la indignación, se había coloreado un poco—. Jennie Romeo no es como era su hermano, sino una muchacha honesta, seria, formal y responsable. No sólo recurrirá a la justicia por lo que usted le ha hecho, que espero no sea más que los cachetes que dice, sino que le odiará a muerte por lo que usted hizo a Harry. ¿No puede comprender su punto de vista? ¡Cáspita, a mí me parece estar leyendo en su mente!

—No.

—¡Caldwell, por favor!

—¡Le digo que no! La mocosa no recurrirá a la justicia, sino a mí. Espere a verlo. Y no me objete, que no sabe nada de las joyas, porque sí lo sabe, tan cierto como que le estoy viendo a usted. Anoche, con buenos modos, le apreté ligeramente los tomillos, ¿y qué ocurrió? Apenas terminó su trabajo le falló tiempo para volar a reunirse con un hombre. ¡La muy víbora! Afortunadamente había yo dado orden de que la vigilaran...

Goldstein se inclinó hacia adelante.

—¿Un hombre?

—¡Un hombre!

—Pudo ser simplemente una cita de amor.

—No era una cita de amor. En primer lugar, porque estoy al corriente de su vida y puedo casi asegurarlo. En segundo, porque ella tomó precauciones para evitar que la siguieran, sólo que fueron precauciones tontas y no había hasta el bar adónde iba más que tres manzanas de distancia, así que el muchacho encargado de vigilarla no se dejó engañar. En cuanto recibí aviso de lo que pasaba resolví retirar a esa muñeca de la circulación. La pescamos cerca de su casa. Me hubiera gustado pescar también al hombre, pero llegué tarde.

—¿Quién es?

—No se preocupe, Goldstein. Estoy a punto de encontrarle. ¿Sigue considerándome idiota?

El judío se rascó suavemente el dorso de una mano con las uñas de la otra. Las ventanas de su nariz se estremecían como si olfatease.

—Imagino que su teoría es que Harry Romeo se había confabulado con su hermana y con un tercer cómplice para traicionarle a usted y quedarse con las joyas robadas.

—Exactamente. De acuerdo con los planes del golpe, Romeo debía permanecer unos minutos a solas en el interior de la joyería, guardando la mercancía mientras «Araña» y Tony iban en busca del coche y regresaban para recogerle. Tener las joyas a su cargo le brindaba una buena ocasión de obrar por su cuenta. Quiso aprovecharla, pero la inesperada aparición del patrullero lo estropeó todo, para él y para mí, aunque no para la mocosa y el

otro hombre, que fueron los únicos supervivientes. Nunca sabremos con exactitud, si no nos lo cuenta ella o él, lo que ocurrió en Monroe Street.

Goldstein parecía nervioso.

—Tendré que admitir que está usted en lo cierto.

—Lo estoy, no le quepa duda.

—Pero falta averiguar quién es el hombre.

—Le he dicho que sobre eso no se preocupe. Si la chica continúa negándose a dar su nombre, muy bien, dispongo de un indicio para localizarle: su coche. Lo tenía anoche estacionado ante el bar, y el muchacho que seguía a Jennie lo vio. Conozco el número de la placa. Encontrarle es cuestión de horas.

—¿No me endosa usted un cuento para conseguir una dilación?

—No le endoso nada.

El judío reflexionó.

—Caldwell, sigue usted un camino peligroso. Imagine que la muchacha persiste en su actitud, imagine incluso que encuentra al hombre y también él niega haberse apoderado de las joyas. Tendrá usted que mostrarse duro con ellos. ¿Y después qué? Si le obligan a ir demasiado lejos, ¿qué pasará?

El rostro bonachón de Caldwell se deformó en una mueca lasciva.

—He ido demasiado lejos ya. Cinco hombres han muerto. Saque usted mismo las conclusiones.

Goldstein se encogió de hombros. Luego se alzó de su asiento, tomó su sombrero y examinó la badana como si esperase encontrar en ella aclaración a sus dudas.

—Deseemos por lo menos que todo ello sirva para algo.

—Para llenarle a usted los bolsillos, ¿no es eso lo que quiere decir? Siempre he soñado con que alguien se desviva por mis intereses como yo me desvivo por los suyos. —Caldwell se tornaba sarcástico—. Es un montón de trabajo y preocupaciones lo que me da la mocosa Romeo. Esta mañana la estamos dejando dormir, aguardamos a que descanse, tome aliento y reflexione. Esta tarde le ofreceremos la última ocasión de hablar si no hemos encontrado al hombre todavía. Esta tarde. Y hablará, aunque para lograrlo tengamos que...

—Ahórrese los detalles. —Goldstein dio un paso hacia la puerta

y miró al dueño del club a la cara—. Despáchese a su gusto, haga lo que le parezca mejor, pero prepárase a afrontar las consecuencias. Conste que le he advertido.

—¿Y su cochino dinero?

—Le llamaré esta noche. Mi decisión dependerá de sus noticias. Sin embargo, ¿quiere usted saber lo que haría yo en su lugar? ¿Quiere saber lo que un hombre inteligente haría?

—Cualquier mamarrachada.

—Un hombre inteligente iría a la suspensión de pagos y saldría de apuros por la vía legal, se confesaría arruinado, empezaría de nuevo; todo excepto continuar agarrado a un asunto como el de las joyas que huele ya a podrido. La suya es una actitud suicida. Puesto que el golpe falló, olvídelo, renuncie, lávese las manos aprovechando que no es demasiado tarde aún. Nadie le relaciona con el atraco, la policía no tiene la menor sospecha. En cuanto a la chica, si la suelta usted ahora, y si es cierto que no le ha hecho mucho daño, las complicaciones pueden orillarse con facilidad. Será la palabra de ella contra la suya. ¿Que la muchacha recela y ha adivinado la verdad? Perfectamente, sin pruebas no puede hacer absolutamente nada. Es la hermana de un pistolero, y usted un respetable comerciante. Compare, Caldwell. No hay temor de disgustos por ese lado. Mi sincero consejo es que esta tarde la haga beber, que la emborrache, y cuando esté bien empapada la suelta a la calle y listos. De lo contrario...

—¡Goldstein!

El judío, andando mientras hablaba, había llegado a la puerta del despacho. Se volvió.

—¿Decía usted?

—Maldito bastardo de *ghetto*, ¡no le daré el gusto de suspender pagos! —estalló Caldwell—. ¡Yo no me dejo chupar la sangre impunemente! ¡Lárguese de aquí!

Goldstein saludó con solemnidad.

—Le llamaré esta noche.

Y salió.

CAPÍTULO VII

Tenía el aspecto grisáceo, arrugado y sudoroso peculiar de los policías sin suerte. Edwin le había visto primero en Circle Drive, luego en el aparcamiento de Dearbon Square; cuando volvió a verle en el vestíbulo del edificio de la World Life, antes de entrar en el ascensor, estuvo a punto de invitarle a un pitillo y decirle que se tomase la espera con calma.

No era para él una sorpresa que en el décimo precinto hubieran resuelto hacerle vigilar. Después de la actitud adoptada por Donetti y el gordo la noche anterior no le hubiera sorprendido ni siquiera una orden de arresto.

Pero necesitaba arriesgarse.

El boleto de la consigna: necesitaba arriesgarse por causa del boleto.

¿Era motivo de sospecha que un ciudadano examinara el buzón de su casa antes de partir en dirección a su lugar de trabajo?

Edwin había sacado el coche del garaje y abierto el buzón con afectada indiferencia, como se ejecuta un acto más de la rutina diaria. La carta estaba allí. Simuló leer el sobre, volvió éste fingiendo buscar las señas del remitente, se lo echó con descuido al bolsillo.

¿Había motivo para sospechar?

Se repitió insistentemente la pregunta durante el trayecto, consciente de que el detective le seguía desde Circle Drive en un auto gris y vulgar como él. Pero ahora, una vez llegado a las oficinas, ya nada recelaba. Un acto más de la diaria rutina. En adelante todo iría bien.

Salió del ascensor y se dirigió a su despacho.

—Buenos días, señor Morgan.

Fanny, la secretaria de la oficina de inspectores, le miraba a través de las gafas con aire de interés. La pobre Fanny: gorda, blanca, miope, glotona y de pies planos. Edwin sentía por ella profunda piedad.

—¿Algo nuevo para mí?

—Sí, señor Morgan.

—¿Y bien?

—El viejo quiere hablarle. Hay dos llamadas telefónicas.

—¿Dos?

Fanny no necesitó consultar su cuaderno de notas:

—La señorita Dolly Wilson y la señorita Virginia Bradovici. ¿Qué es lo que pasa, señor Morgan?

—Uno tiene sus amistades, Fanny.

—No me refiero... Es decir, será mejor que vaya a ver al señor Brown en seguida. Está furioso.

—¿El viejo furioso? ¿Por qué razón?

—Él se lo dirá.

Edwin fue al despacho del director sin haber dedicado ni una mirada a su propia mesa. Llevaba aún la carta con el boleto de Madison Station en el bolsillo: tenía la absurda sensación de que pesaba como un trozo de plomo.

Theodore J. Brown, rubio y elegante, alzó la mirada al oírle entrar e hizo seña a la mecanógrafa que tecleaba activamente en un rincón.

—Puede usted disponer, Helen. Le agradeceré que al salir cierre la puerta.

La muchacha dejó solos a los dos hombres.

—¿Algo grave? —inquirió Edwin.

El director de la Compañía le observaba con la sombra de una malévola sonrisa en los labios. No le invitó a tomar asiento. Bajo las cejas rubias sus ojos no tenían la amabilidad característica del profesional de los seguros, amabilidad de la que Brown se desprendía raras veces.

—Llega usted un poco tarde, Morgan.

—Le presentaré mis excusas si lo desea.

—No tiene importancia. —Brown se arrellanó en el asiento, se miró las uñas, las pulió en la solapa de su traje listado y se las volvió a mirar—. No ha habido ni siquiera tiempo de inquietarse

por su retraso: hemos estado sumamente ocupados hablando de usted.

—Muy halagador —dijo Edwin a la expectativa—. ¿Hablando con quién, si puedo saberlo?

—Con la policía.

—¿Quiere darme a entender, señor Brown, que ha llamado usted a la policía para hablar de mí? Espero que no se deberá a que alguna de las mecanógrafas de la casa se ha quejado de mi comportamiento con ella.

La malévola sonrisa se esfumó de labios del director.

—No bromeo, Morgan.

—Pues lamento decirle que resulta difícil creerlo. Si sospecha usted que he cometido una irregularidad me considero con derecho a que se me pidan explicaciones antes de proceder...

—Eso es lo que hago —interrumpió Brown secamente—: pedirle explicaciones. Yo no he llamado a la policía; por el contrario, dos detectives se han presentado aquí de motu propio; dos detectives, dicho sea de paso, dotados de pésima educación. ¿Y bien, Morgan? ¿Por qué la policía se permite invadir mis oficinas y hacerme un centenar de preguntas en relación con uno de mis inspectores? ¿En qué está mezclado usted? Como sabe muy bien, esta empresa es una gran familia donde cada empleado recibe especial atención. Me he sentido siempre orgulloso del cuidado con que es seleccionado el personal atendiendo lo mismo a sus virtudes públicas que privadas. La experiencia me ha demostrado que el trabajo de un hombre o una mujer es reflejo bastante exacto de sus cualidades morales.

Edwin dijo con calma:

—Participo por entero de su opinión.

—¿Entonces?

—El único motivo que se me ocurre para que la policía se interese por mí es mi coche.

Brown enarcó las cejas.

—Ridículo, Morgan. Una infracción del reglamento de circulación no provoca semejantes pesquisas. La actitud de esos agentes no daba a entender que hubiera usted pasado un cruce con luz roja o algo parecido.

—No he mencionado el reglamento de circulación.

—Confieso que no le entiendo.

—El viernes por la noche se cometió un importante atraco en Brooklyn para el cual fue utilizado un automóvil algunas de cuyas características parecen coincidir con las del mío. Yo pasaba por los alrededores aproximadamente a la misma hora. Los detectives del décimo precinto han reunido una lista de propietarios de coches similares al que andan buscando y practican, supongo yo, la investigación que la rutina policíaca exige.

—¿Se refiere al atraco de Monroe Street?

—Sí.

—¿Y dice que pasaba por los alrededores a la hora en que se cometió?

—Así parece.

—¡Pero si fue de madrugada, Morgan! ¿Significa eso que usted paseó en coche de madrugada por las calles de Brooklyn?

—Vivo en Circle Drive. Regresaba a casa.

—¿De dónde regresaba?

—De acompañar a la suya a una señorita.

El rostro del director expresaba una especie de sorpresa dolorosa.

—No imaginaba que llevara usted una vida de tal modo disoluta, Morgan, la verdad. Ahora me explico determinados pormenores de la conversación que he sostenido con los detectives.

—¿Pormenores escandalosos? —preguntó burlescamente Edwin.

—Llamémoslos así. Uno de los puntos que esos hombres tenían mayor empeño en aclarar eran las relaciones de usted con el personal femenino de la casa. Me he visto obligado a rechazar enérgicamente sus insinuaciones.

—¿Por qué no les mostraba a Helen, a Fanny, a la señora Fisher y al resto del ramillete? Verlas les hubiera informado mejor que un discurso de media hora, no sólo sobre mis posibles relaciones con ellas, sino sobre el cuidado con que usted selecciona el personal.

—¡Morgan!

—Conste que no discuto sus métodos, señor Brown. Rodearse de adefesios acaso sea un procedimiento eficaz para evitar las tentaciones.

El director enrojeció.

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Porque estoy hasta las narices —replicó Edwin fríamente—

¿porque me he hastiado de verles un día y otro día a usted y a su colección de espantajos con faldas? ¿Porque no soporto más este mausoleo sórdido? ¿Porque me muero de ganas de abofetear su maldita cara de señorito puritano, de agarrarle por el fondillo de los pantalones y de arrojarle por la ventana a la calle? Y le advierto que eso será precisamente lo que haré si me endosa usted otra de sus grotescas amonestaciones.

Avanzó un paso, y Brown echó atrás nerviosamente su sillón, la boca y los ojos muy abiertos de asombro, falto de palabras, tanteando a ciegas sobre la mesa en busca de la clavija del interfono.

Edwin se inclinó y con una mano bloqueó la clavija. Con la otra abrió el estuche de tabaco del director, sacó un cigarro, le cortó de un mordisco la punta y escupió ésta al suelo desdeñosamente. Se dio lumbre con el propio encendedor de Brown.

—Cuando un hombre se hastía de cuanto le rodea como yo me he hastiado —añadió entonces—, o cambia de vida y de manera de ser, o revienta. Y yo no pienso reventar. Considéreme despedido, señor Brown. Renuncio incluso a los ocho días de plazo reglamentario. —Aspiró una bocanada de humo y la expelió en dirección al rostro congestionado de su interlocutor—. Ni usted soportaría verme en la casa ocho días más, ni yo soportaría verle a usted; así que hasta nunca. Hoy mismo levantaré el campo.

Brown no había reaccionado aun cuando Edwin abandonó el despacho con paso firme.

Fuera, en la antesala, la flaca y desgarbada Helen, caídas hacia la nariz sus greñas color de estropajo, ordenaba unos papeles inclinada sobre su escritorio. Edwin le dedicó una sonrisa.

—Llévele un vaso de agua al viejo, paloma. Tiene una píldora amarga de tragar.

Momentos después estaba de regreso en la oficina de inspectores. Su oficina. El calvo Rutherford redactando un informe en el escritorio del fondo, el soporífero Moltke llenando con disimulo las casillas de un crucigrama, Fanny revisando un archivo y mascando chicle para distraer el malsano apetito que había convertido su cuerpo en un flan.

¡El pasado!

Rutherford, Moltke y Fanny, las tres sombras del pasado, le

miraron con curiosidad y repararon sorprendidos en el cigarro que fumaba. Era evidente que estaban esperando su regreso y que les desconcertaba su actitud.

El no dijo nada.

¿Qué dice un hombre cuando ha quemado sus naves? ¿Qué dice cuándo se ha convertido en el amo del mundo?

Fue en busca del anuario de Nueva York, cargó con el lomo de Brooklyn y lo depositó sobre su mesa. En aquel instante sonó el teléfono.

—¿Señor Morgan? —preguntó la telefonista.

—Sí.

—Quería saber si había llegado usted ya. Tiene una llamada. Le pongo. Hablen.

Una nueva voz femenina:

—¿Edwin? ¿Eres tú?

—Sí.

La voz pertenecía a Virginia Bradovici.

—Te llamé antes, encanto. Estoy tan terriblemente emocionada... ¿Qué es lo que has hecho, Edwin?

—¿Hecho en relación con qué?

—¡Hecho! ¡El viernes! La policía me ha visitado, ¿sabes? ¡Cielos, qué apuro! Yo no sabía qué decir, jamás me habían preguntado en tan poco tiempo tantas cosas. Todo acerca de ti, y de nosotros, del viernes por la noche, de los lugares donde estuvimos, de la hora a que nos separamos. ¡Cielos, Edwin!

—¿Tú qué les has dicho?

—La verdad. ¿No es lo que debía? Óyeme, encanto, presta atención. Hayas hecho lo que hayas hecho, estoy contigo. Diré lo que tú quieras. Si te parece mal que haya contado la verdad iré y rectificaré mi declaración. Una tiene a veces mala memoria. Pero me gustaría que me explicaras...

—No hay nada que explicar.

—¡Eh, aguarda, aguarda! Puedes confiar en mí, no te preocupes. ¿Nos vemos esta noche? ¿Nos vemos y me pones al corriente? ¡Oh, Edwin, tú eres grande! Los detectives parecían muy impresionados.

—No hay nada que explicar —repitió Edwin con voz monótona—. No he hecho nada. Se trata de una pesquisa rutinaria para comprobar la solvencia moral de los inspectores de seguros.

—¿Qué me dices?

—No nos veremos esta noche, Virginia. Adiós.

Cortó.

Desde sus respectivos lugares en la oficina, las tres sombras del pasado, sin pronunciar palabra, continuaban pendientes de él.

Aguardó unos momentos. Luego levantó de nuevo el aparato y comunicó con la centralilla telefónica.

—Si hay otras llamadas, Elsie, no estoy. ¿Has comprendido?

—Bien, señor Morgan.

Abrió el anuario.

Letra ce.

¿Cómo era el nombre?

Caldwell, Caldwell, Caldwell.

Orson Caldwell. Había un Orson Caldwell en Brooklyn.

Edwin tomó el teléfono y compuso lentamente el número. Se sentó tras de su mesa. Sostuvo el aparato con una mano y el cigarro con la otra.

—Deseo hablar con el señor Caldwell.

—No está. —Una voz de hombre, perezosa y ronca—. ¿Quién le llama?

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Cualquiera sabe a esta hora. ¿Quién le llama y para qué?

—Negocios.

—Llame al club por la noche, a partir de las siete.

—¿A qué club?

—¡Cuerno, al suyo! ¿A cuál va a ser? El «Crazy Bull», en Hardgrove Bulevar.

Edwin contuvo a duras penas su asombro.

—Gracias.

Su asombro y su desencanto: Orson Caldwell no era sino el propietario del local donde trabajaba Jennie. No era otra cosa. Un nombre, había dicho ella, que debía olvidar.

¿Por qué? Si Caldwell era sólo su patrón, ¿por qué diantre olvidar su nombre? ¿Quizá porque aquel nombre tenía algún significado? ¿Cuál?

Jennie se había sobresaltado. La traicionó el miedo.

¿Por qué?

Mordiéndose los labios fijó Edwin la mirada en el teléfono.

¿Llamarla? ¿Hacerle las preguntas qué él estaba haciéndose a sí mismo?

No.

«De corazón anhelo que no volvamos a vemos nunca más».

¡El amo del mundo!

—Tengo que ir a Queens —dijo Rutherford. Había terminado de redactar su informe y se ponía en pie—. ¿Alguien quiere algo para Queens?

Nadie dijo nada.

El calvo saludó con la mano, miró rápidamente a Edwin y se marchó.

Edwin no tocó el teléfono. Permaneció inmóvil, sentado ante su escritorio, reflexionando, hasta que su cigarro se consumió. Entonces sí: extendió la mano, levantó el aparato y compuso el número cuando tuvo línea.

Pero no llamaba a Jennie.

—«Metropolitan Life» —respondió la voz nasal de una telefonista—. ¿Dígame?

—Con el señor Gray.

Una conexión.

Frente a Madison Square Park, el rascacielos de la «Metropolitan Life» era una colmena de trabajo.

—¿Quién?

—¿Lemmy Gray?

—Yo mismo.

—Una pregunta, Lemmy. Aquí Edwin Morgan. ¿Os toca a vosotros lo de la «Joyería Lawson», en Monroe Street?

—No, por suerte.

—¿Qué compañía lo tiene?

—No lo sé. ¿Qué tal, Edwin?

—Pasando. —Edwin se dispuso a oprimir el soporte del teléfono—. Cualquier día nos vemos y tomamos unas copas, ¿eh? Adiós y gracias.

Moltke estaba absorto en su crucigrama. Fanny escuchaba sin disimulo desde su puesto junto al archivo.

Edwin marcó otro número.

Las mismas preguntas. Similares respuestas.

—Lo de ésa joyería lo tiene la «Central Insurances» —dijo luego

la gorda con desgana—. Reserve su saliva para cuando haya ascendido.

El la miró.

—¿Ascendido?

—Ese que fumaba era uno de los cigarros del viejo. No se lo hubiera dado, tal como estaba de furioso, si no pensara ascenderle.

—Gracias, Fanny. —Edwin hizo girar el disco del teléfono—. No me lo ha dado: lo he cogido yo. Me asciendo yo mismo.

—«Central Insurances» —anunció una voz por el aparato.

—Con el señor Adrián.

Otra conexión.

El edificio de la «Central Insurances» estaba en la misma acera que el de la «World Life», cuatro manzanas más arriba.

—¡Adrián al habla!

—Soy Edwin Morgan, de la «World». ¿Tiene usted algún compromiso para la hora del almuerzo?

—¿Compromiso?

—Necesito hablarle. Si no tiene compromiso podemos almorzar juntos. Le esperaré ahí al lado, en el restaurante húngaro de la calle Veintiséis. Son sólo cuatro palabras.

—Conforme, Morgan. Hasta luego.

Edwin cortó.

—¿Qué quiere decir ascenderse usted mismo? —preguntó Fanny. Había estado mirándole, mascando incansable su chicle—. ¿Qué quiere decir?

Moltke enderezó la cabeza. Aguardó la respuesta bolígrafo en mano.

—Quiere decir que me largo, que esto se acabó.

—¡El viejo le ha despedido!

Edwin sonreía.

—Digamos que yo le he despedido a él; que le he despedido de mi vida. —Sacó del bolsillo el sobre con el boleto de la consigna, lo miró un momento y lo arrojó en la canastilla de la correspondencia pendiente—. Miradme bien, hijos. Hoy es el último día que me veis.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Moltke.

—Es un secreto personal.

—Por mí, ¿sabes, Morgan?, puedes irte al infierno.

Edwin movió negativamente la cabeza.

—Irme no, querido. El infierno está donde estás tú.

CAPÍTULO VIII

Compró el periódico porque John Adrián, jefe del Departamento de inspectores de la «Central», no había llegado aún al restaurante. Lo compró para distraerse mientras esperaba.

La noticia estaba allí.

¡Jennie!

—Bien, Morgan...

Alto, flaco, triste, parecido a Henry Fonda, el hombre de la «Central» tomó asiento y le palmeó el brazo.

—Hola, Adrián.

—¿Qué le ocurre? ¿Ha visto un fantasma?

Edwin dobló el periódico, y el titular que le había herido a traición desapareció de su vista.

Imposible.

La recordaba, la estaba viendo aún tal como se marchó del bar de Hardgrove Bulevar. Una mujer Única. La nueva mujer de su nueva vida.

¡Era imposible que se hubiera perdido en la noche sin dejar rastro!

¿Una fuga? ¿Un secuestro?

¿Un asesinato?

¡Júpiter!

Era lo que decía el periódico: perdida en la noche. ¿Qué había pasado? Salió del bar y no llegó a casa. ¿Por qué razón?

¡La llamada telefónica al detective Donetti!

Edwin se restregó la boca con el dorso de la mano.

Recordaba la llamada telefónica que había interrumpido el interrogatorio a que Donetti le sometía en su casa. Después de la llamada le había preguntado el detective si sabía lo que Jennie se

proponía hacer cuando se separó de su lado. Esto. La llamada fue para avisarle de que la chica había desaparecido.

¿Y qué?

—¿No ha dicho usted que quería hablarme?

Adrián estaba desconcertado.

—Discúlpeme —dijo Edwin con esfuerzo—. Sí, quería hablarle, pero no sé ya si el asunto tiene la importancia que yo creía. También quería invitarle a almorzar, y esto me parece ahora más urgente.

Encargaron el almuerzo.

¡Jennie!

¿Cómo era posible?

—A usted le preocupa algo, Morgan.

—Sí, me preocupa. —Edwin mordió sin apetito un *sandwich* de jamón y lechuga—. Pero es un asunto personal, una cosa por entero al margen. Lo que deseaba de usted eran algunos informes sobre una cuestión que atañe a la «Central Insurances».

—¿Confidenciales?

—Nada de eso. Me han dicho que las joyas robadas en Monroe Street estaban aseguradas en la «Central».

Adrián frunció el entrecejo.

—Cierto. Y hubiéramos preferido que ese pelmazo de Jack Lawson nos pisara a todos un callo a que contratase el seguro. Lawson, usted sabe, el joyero de Monroe Street...

—Ya sé. Pero no se le puede culpar de negligencia: había en su establecimiento incluso vigilante nocturno. Fue un golpe bien planeado.

—Cuando se esfuma medio millón hay siempre negligencia.

Edwin contemplaba pensativo a su interlocutor.

—Mire, Adrián, en el tiempo que llevo en este trabajo no he intervenido nunca personalmente en un asunto de joyas, pero sé trae éstas, tarde o temprano, siempre reaparecen. No son una mercancía cómoda. Por un camino u otro terminan en manos de la compañía aseguradora, y a veces el camino vale más no investigarlo.

—Suele ser así, en efecto.

—¿Qué recompensa ofrece ahora la «Central»?

—Cien mil dólares.

Edwin frunció los labios como para silbar, pero no silbó.

—Definitivo. Reaparecerán.

—No. Morgan, en este caso no reaparecerán. Es cierto que por lo general se llega a un compromiso. Después del robo hay un compás de espera, un lapso de tiempo muerto, y luego, un día u otro, alguien se pone en contacto con nosotros. El intermediario es con frecuencia un abogado, en ocasiones una agencia de investigaciones privadas, muy raramente un particular. Pagamos la recompensa y las joyas vienen a nuestro poder. Como usted dice, no son una mercancía cómoda: se las identifica con demasiada facilidad, y no es raro que desmontadas, fundidas las monturas, cambiado el tallado de las piedras cuando ello es posible, pierdan casi todo su valor. En cuanto a la compañía, prefiere pagar una recompensa que soltar la indemnización del seguro contratado, la cual es naturalmente mucho más elevada; y los ladrones de joyas lo saben.

—¿En cuanto a la policía?

Adrián encogió sus flacos hombros.

—La policía, por supuesto, no ignora que se ha llegado a un acuerdo con más o menos tapujos. ¿Qué va a hacer? Práctica sus investigaciones, trabaja con la desgana con que suele trabajar si alguien no la presiona, y cuando las joyas reaparecen se desentiende del caso. Esto, que conste, es lo normal. Pero las excepciones no abundan. Los ladrones de joyas forman una rama muy peculiar de la delincuencia; son gente especializada, individuos a veces un poco chiflados, que operan con métodos personales... Una de tantas plagas sociales, Morgan. Un riesgo, por otra parte, que las compañías tienen previsto al establecer sus tarifas.

Edwin asintió lentamente.

—Y usted opina que en este caso las joyas no reaparecerán.

—No pueden reaparecer.

—¿Por qué?

—¡Jesús, porque se han quebrantado todas las reglas del juego! No se trata de un robo corriente. Dos policías dejaron la piel en Monroe Street, y esto altera completamente el panorama. Tenemos aladas las manos. Aunque nos ofrecieran el lote por la mitad de lo que hemos señalado como recompensa, no podríamos aceptar: la policía se nos echaría encima con uñas y dientes. Pierden el tino, se vuelven fieras si se ha derramado la sangre de alguno de los suyos.

—Ya sé, Adrián.

—Los patrulleros se cargaron en Monroe Street a tres de los atracadores. No obstante, puesto que las joyas siguen ocultas, tiene que haber otros cómplices, uno por lo menos, y mi opinión personal es que el golpe fue organizado por toda una banda. Sea como sea, un compromiso por parte de la compañía resulta imposible. El robo, a ojos de la policía, ha pasado a segundo plano. Lo único importante es capturar a los responsables de la matanza; lo demás apenas cuenta.



—¿Por qué no retirar la recompensa si es así?

—Porque es una puerta abierta a la esperanza: cien mil dólares tientan a cualquiera. ¿Quién sabe? Puede haber una delación, alguien puede proporcionar una pista interesante... No contamos demasiado con ello, pero no hay que descartarlo. Ahora bien, en

este caso es la policía quien empuña las riendas. Lo revolverán todo, buscarán en los lugares más inverosímiles, irán hasta el fondo mismo de la cuestión. Y triunfarán, Morgan, se lo aseguro. Les conozco bien. Tarden más o tarden menos, siempre triunfan si está de por medio la muerte de uno de sus camaradas. La recompensa es humo de pajas en este caso.

—Pero no sería humo de pajas si, además de las joyas, alguien entregase al hombre que organizó el robo.

—¡Naturalmente que no! Sólo que nadie se atreve a soñar con semejante maravilla. Estas cosas no ocurren, Morgan; por desgracia...

—¿Quién sabe?

—Yo lo sé. El hombre o los hombres que organizaron el robo, hubieran o no calculado que dos policías morirían, tienen encima la sombra de la silla eléctrica. Con las joyas en su poder no se dejarán atrapar vivos. Están en guardia. No les importa matar a una, a cinco o a cincuenta personas más. Quien piense en delatarles se echará atrás a la vista del riesgo.

Edwin bebió un sorbo de café.

—Quizá.

Adrián le miraba a la cara.

—¿Para qué quiere usted saber todo esto, Morgan?

—Quería —puntualizó Edwin indiferente—. Se me ocurrió una idea. Resido en Brooklyn, poseo un coche parecido al que utilizaron los atracadores de Monroe Street, y por ello he hablado extensamente con los detectives del décimo precinto. Uno, metido en el negocio de seguros, no puede menos que ponerse a pensar en circunstancias así. Pero temo que estaba en un error. Lamento haberle hecho perder el tiempo.

—Llenar el estómago por cuenta ajena nunca es perder el tiempo.

—Una compensación.

Cien mil dólares.

¡Júpiter!

Cien mil dólares como cien mil soles: a uno se le trastornaba el cerebro imaginándolo. Y sin embargo, John Adrián había dicho la verdad al afirmar que el caso de Monroe Street no era un vulgar robo de joyas. Bastaba recordar las palabras y la actitud de Donetti

y el otro detective. Las joyas carecían de importancia ante la muerte de los dos patrulleros. Esta vez no habría compromiso, no habría tapujos, no habría acuerdo bajo mano mientras la policía sonreía comprensivamente. Ni hablar. Esta vez, desde el último agente al jefe superior lucharían con uñas y dientes para vengar a sus colegas.

Fea perspectiva.

¿Fea?

Edwin había contado de antemano con todo lo que Adrián acababa de decirle. ¿Y qué? Hasta momentos antes, hasta el instante en que abrió el periódico y leyó la noticia, no sólo contaba con ella sino que sabía perfectamente lo que necesitaba hacer. Creía tener la solución del problema. Suponía que no sería cómoda, ni siquiera agradable. En absoluto. Pero esta suposición, hasta entonces, no había abatido su ánimo.

¿Y ahora?

Ahora, después de leer lo que el periódico relataba de Jennie, no le quedaba más que una sola y remota esperanza.

—Bien, Morgan, nos sirva o no nos sirva, ¿cuál era su idea?

Edwin hizo una mueca y apuró su café.

—No importa ya.

Al fondo del local, gris y arrugado, podía ver al detective encargado de su custodia: la venganza con uñas y dientes.

¡Júpiter, dios de los dioses!

* * *

El sobre conteniendo el boleto de la consigna de Madison Station seguía intacto en la canastilla de la correspondencia pendiente, donde lo había dejado al salir.

Muy bien.

Sin prisa, Edwin vació los cajones del escritorio, sacó todos los objetos de su propiedad, ordenó los papeles, reorganizó las carpetas. Sin prisa y sin emoción. Sabía que no iba a echar de menos nada y que nadie le echaría de menos a él. ¿Su trabajo? Cualquier hombre medianamente dotado lo realizaría mejor. ¿Sus compañeros? Fanny, Rutherford, Moltke: sombras del pasado; figuras inertes para un museo de la mediocridad.

Nadie dijo una palabra.

Pero él había quemado sus naves, y no supo la noticia, la doble noticia, hasta después. De una parte, Orson Caldwell era sólo el patrono de Jennie; de otra, ella se había perdido en la noche.

¿Por qué?

Algo ocurriría.

Quedaba el recurso de quemar una cosa más: el boleto de la consigna. Lavarse las manos. Buscar nuevo empleo. Otra Fanny, otro Rutherford, otro Moltke, otro Theodore J. Brown, otro mausoleo u otra colmena de trabajo en Manhattan.

Otro infierno.

Jennie sabía que él tenía las joyas, y había desaparecido, y Orson Caldwell era el dueño del «Crazy Bull Club». Fuera lo que fuese, algo ocurriría.

Edwin suspiró.

Recogió sus pertenencias y dejó el resto en orden. Tomó de la canastilla el sobre del boleto. Se lo echó al bolsillo.

Ahora.

Dejó vagar la mirada por la oficina de inspectores; la posó en Rutherford, ocupado en tomar notas mientras consultaba un folleto; en Fanny, que escribía a máquina de espaldas a él; en Moltke, que hablaba por teléfono y trazaba dibujos en una cuartilla.

Ellos lo ignoraban, pero era la última vez.

Se alzó del asiento y salió de la oficina con aire descuidado, como quien va al lavabo o a beber un trago de agua.

¡La última vez!

El detective habría montado su puesto de vigilancia en el vestíbulo, quizá en el piso, quizá abajo, quizá junto a los ascensores. Estaba abajo cuando él salió para almorzar. Quién sabe dónde estaría ahora.

Edwin lo tenía previsto. Un hombre solo no podía guardar dos puertas, y había un montacargas de servicio al fondo del edificio y, por supuesto, una puerta en el sótano. Estuviera donde estuviese el policía, no estaría allí.

O por lo menos debía arriesgarse a que no estuviera, y arriesgarse coa el boleto de la consigna en el bolsillo.

—Al sótano, muchacho.

El ascensorista, un adolescente de cara granujienta, se restregó la nariz. Oprimió un botón, cerróse la puerta enrejada del

montacargas y éste comenzó a descender.

—Abajo hay una puerta que da al patio, ¿no es así? —preguntó Edwin.

—Sí, señor.

—Y del patio se sale al extremo del aparcamiento.

—Sí, señor.

Edwin sonrió como quien ve corroborada una hipótesis.

—He dejado mi coche en ese extremo. Ya sabía yo que atajaría saliendo por aquí. Gracias, chico.

—No hay de qué, señor.

El sótano.

La puerta del patio. El patio trasero del edificio.

El detective no estaba allí.

Edwin ganó la calle por el extremo del apareamiento y se alejó a paso vivo en dirección a Glasgow Lane. Estaba seguro de que nadie le seguía.

Tomó un taxi.

—A Broadway y calle Cuarenta y tres.

Nadie le seguía.

Le quedaba apenas una vaga esperanza, pero si ésta se realizaba necesitaba libertad para ejecutar sus propósitos. Lo que se proponía hacer no podía hacerlo desde su oficina, ni tampoco con un detective pisándole los talones.

Una vaga esperanza.

Despidió el taxi, entró en un bar de la calle Cuarenta y tres y pidió un *bourbon* para celebrar su pequeño éxito.

Luego se metió en un cine de sesión continua. Era temprano. Demasiado temprano.

Hasta después de las siete no sabría si su esperanza se realizaba o no.

CAPÍTULO IX

Desde el interior de la cabina telefónica veía Edwin, en primer término, a un marino que discutía con una muchacha rubia.

—Con Orson Caldwell —pidió.

—¿Quién le llama? —preguntó sin interés una voz femenina.

—Cuestión de negocios.

—¿Pero quién?

Edwin se humedeció los labios con la lengua.

—Uno que tiene algo que él ha perdido. Dígaselo así.

—¿Su nombre, por favor?

—No insista, paloma. El señor Caldwell perdió el viernes por la noche algo de gran valor. Hará usted mal no avisándole.

—Está bien, aguarde un minuto.

Fue menos de un minuto.

—Hable. —Una voz cortante—. Caldwell al aparato.

—¿Le han dado literalmente mi recado?

—¿Quién es usted?

—¡Conteste!

—Me han dicho algo sobre un objeto perdido.

—Un paquete de objetos —puntualizó Edwin con una sonrisa—.

¿Quiere detalles? ¿Puedo expresarme con libertad?

La voz rugió:

—¡Cállese, infiernos! ¿Dónde puedo verle?

La mano de Edwin se crispó en torno al teléfono.

¡Su esperanza!

El tono de aquella voz le había revelado más cosas que un rayo de luz. El tono entre alarmado, colérico y curioso de Orson Caldwell: un nombre que debía olvidar. Habían bastado unas palabras para que su impresión inicial se confirmase.

Edwin exhaló el aliento.

—Usted no me verá, Caldwell. No me verá, hasta el momento oportuno. Trataremos el asunto por teléfono. Si el aparato por donde habla ahora no le parece seguro, llámeme desde otro. Le daré el número y esperaré cinco minutos. Cinco, no más; no quiero correr el riesgo de que envíe a alguien en mi busca.

—¡Oiga!

—Es su única oportunidad. Tómelo o déjelo.

El hilo telefónico transmitió un juramento.

—¡Deme ese número, maldito sea!

Edwin leyó en voz alta el número del apartado de la cabina.

Cortó.

Se apoyó en la pared, sin fuerzas, como si se hubiera desinflado. Sudaba. Sentía una cosa rara en la boca del estómago.

Con manos temblorosas encendió un cigarrillo.

Había estado en lo cierto. Era casi abrumador darse cuenta de que había estado en lo cierto desde el principio, comprenderlo así precisamente cuando todo parecía haber fallado.

Y Jennie lo sabía o lo sospechaba: «Olvide que he pronunciado ese nombre». No podía haber dicho esto más que si sabía o sospechaba la verdad.

¿Fue sincera en el resto?

Si no fue sincera, si mintió, si estaba en connivencia con Caldwell y tan metida en el asunto como su propio hermano, su desaparición se explicaría suponiendo que al salir del bar de Hardgrove Bulevar corrió a prevenir a su patrono, quien habría considerado más prudente ocultarla para que no cayese de nuevo en manos de la policía. Pero si ocurrió así, sabiendo ella como sabía quién era él, Edwin Morgan, inspector de seguros, ¿por qué no había Caldwell dado un solo paso en su dirección? ¿Por qué no tomó la iniciativa de recobrar las joyas?

¡No ocurrió así!

Había otra explicación: Jennie sospechaba de Caldwell, él temía que sospechara, la hizo seguir, la secuestró al ver que acudía a una cita con un desconocido. El dueño del «Crazy Bull» estaría sobre ascuas, debía de creerse traicionado después del enigmático desenlace del golpe de Monroe Street; podía creerse traicionado por Harry Romeo en complicidad con su hermana. Alguien tenía las

joyas. Era una hipótesis plausible.

¡Caldwell secuestró a Jennie!

¿La secuestró nada más? Si temía que ella sospechara de él, ¿la secuestró simplemente?

El hombre que organizó el atraco de Monroe Street tenía encima la sombra de la silla eléctrica y no le importaba matar a una, a cinco o a cincuenta personas más: eran palabras de Adrián.

Cuatro minutos.

¡Júpiter!

Campanilleó el teléfono.

—Hable, Caldwell. —Edwin carraspeó para aclararse la voz—. Yo soy el que llamó antes. —Los nervios le atenazaban la garganta—. ¡Hable!

—Es usted quien debe hablar. Ante todo, su nombre.

—Mi nombre no importa.

—Se equivoca. ¿Imagina que voy a pasar la maroma con los ojos vendados solo porque un desconocido me llame por teléfono? Su nombre importa mucho. Si coincide con el que me han facilitado esta misma noche, esto seguirá adelante; si no, punto final.

Edwin titubeó.

—Edwin Morgan.

Oyó una risa. Una risa de alivio.

—Perfectamente, Morgan. La mocosa ha dicho la verdad, y espero que usted también la diga. Será el mejor comienzo.

—¿La mocosa?

—La mocosa Romeo. Nos ha costado, pero hemos logrado arrancárselo. Estaba seguro de que terminaría por cantar: la policía nos había preparado el terreno, y la pobre no es muy resistente. Quizá le agrade saber, Morgan, que andábamos ya en busca de usted cuando ha llamado.

Caldwell había cobrado aplomo. Su tono era el de un hombre seguro de sus fuerzas.

Edwin contuvo a duras penas su ira, su rebeldía, la riada de cólera salvaje que le inundó la mente.

¡Jennie!

—Atiéndame, Caldwell...

—Sé de antemano lo que me va a decir: quiere usted venderme lo que pescó el viernes en Monroe Street. Lo siento, pero no

compro. No veo razón para comprar. No tengo prisa, y tarde o temprano conseguiré lo mismo gratis. ¿Ha pensado en que es usted muy vulnerable, Morgan?

—¿Ha pensado usted en que puedo arrojar la mercancía al Hudson y desentenderme del negocio?

—¿Después de haberse tomado tanta molestia? No lo hará.

—¿Qué molestia? Yo pasaba casualmente por Monroe Street cuantío Harry Romeo, mortalmente herido, se refugió en mi coche y me obsequió con un regalo de medio millón. Estoy hasta las narices de este asunto, Caldwell. Si no la quiere usted, se lo juro, la mercancía irá al fondo del río dentro de media hora.

—¡No me diga! Usted y los hermanos Romeo...

—Yo no sabía ni que existieran los hermanos Romeo. Vi a Harry por primera vez cuando saltó a mi coche huyendo de la policía, y a la chica la cité anoche con la esperanza de averiguar a través de ella quién era el organizador del atraco.

Hubo una pausa.

—Morgan, le he dicho que no compro. —Caldwell no se mostraba ya tan seguro—. Usted verá lo que hace.

—Usted no compra y yo no vendo.

—¿Qué quiere decir?

—¿He hablado acaso de vender? Soy un pobre diablo sin ambiciones, Caldwell, y he agarrado sin proponérmelo una patata demasiado caliente. Es de suponer que usted hubiera pagado algo a Romeo, Karpis y Masscia, sus tres hombres, por el trabajo de Monroe Street. Muy bien, me limito a reclamar lo que la muerte les impidió cobrar a ellos. Usted no pierde nada y todo queda como si el patrullero no se hubiera detenido ante la joyería. Reflexione, ¿me hace el favor? Piense en lo que habría ocurrido si yo no acierto a pasar por allí; en primer lugar, la policía hubiese encontrado las joyas junto al cadáver de Harry Romeo...

—¿Pretende burlarse? —inquirió Caldwell recelosamente.

—¡Burlarme! ¿Qué quiere usted que haga con medio millón en joyas robadas un hombre como yo? ¿De qué modo me desprendo de ellas? En otras circunstancias acudiría a la compañía de seguros a reclamar la recompensa. ¡Imagine que lo hago ahora, con dos policías asesinados! ¡Júpiter! Es usted mi único recurso, y yo soy su único recurso. Pero yo no puedo apretarle las clavijas a usted, en

parte porque, como dice, soy demasiado vulnerable, y en parte porque si mis pretensiones son altas usted me enviará al cuerno, se lavará las manos y olvidará para siempre que existen joyas en el mundo; y usted, Caldwell, no puede apretarme las clavijas a mí porque sólo necesito una pequeña incitación para echar la mercancía al río, y con la mercancía el negocio. Crea que he tenido tiempo desde el viernes de meditar a fondo la cuestión.

Hubo una nueva pausa, larga esta vez. Edwin oía a su interlocutor resollar junto al aparato.

—No quiero discutir —dijo al fin Caldwell—. Le haré una sola oferta. Nada de regateos ni de cuentos chinos. Treinta mil dólares por la mercancía; es lo que hubieran cobrado los muchachos, a razón de diez mil cada uno. Tómelo o déjelo, como usted dice.

Dentro de la cabina semejaba haberse enrarecido el aire. A Edwin le caían cara abajo gruesas gotas de sudor.

Replicó:

—Treinta mil dólares y Jennie Romeo.

Oyó una soez interjección.

—¡Ah, no, no, Morgan! ¡No me venga con exigencias! La mocosa es asunto aparte.

—Treinta mil y Jennie Romeo —insistió Edwin secamente—. Usted ha dicho que tiene consigo a la chica. Póngala en libertad o despídase de las joyas.

—¿Qué le importa a usted ella?

—Me importa, y basta.

—¿No comprende que hablará? ¡Si suelta la lengua será mi ruina!

—¿Qué le ha hecho?

—Sacudirla un poco. Está en buen estado; pero hablará, sobre todo por lo que le ocurrió a su hermano. Imagine, entonces.

—Muy bien, yo le garantizo su silencio: tengo, si habla, tanto que perder como usted. Suéltela o no hay trato. Y puesto que sé dónde se encuentra, Caldwell, un simple aviso anónimo a la Policía...

—¿No se pasa de listo, Morgan?

—¿Qué le parece?

—Me huele mal.

—Se confunde: el hedor a basura procede de usted. Y ahora

preste atención a los detalles. Voy a reservar una habitación a su nombre en un hotel de Manhattan. ¿Me entiende? Una habitación a nombre de Orson Caldwell. Dentro de dos horas le llamaré para decirle de qué hotel se trata y el número de la habitación. Esperaré en ella. Tendré las joyas. Venga usted con la chica, usted y ella solos; traiga el dinero y haremos el canje. Debe ser así, en terreno neutral. Le advierto que elegiré un hotel importante y concurrido, donde le sea imposible tenderme una trampa. Usted, la chica y el dinero, de un lado; las joyas y yo, de otro. Nada ni nadie más. ¿Ha comprendido?

Caldwell demoró su respuesta:

—Sí.

—¿Tiene algo que objetar?

—Si todo es como usted lo presenta, no.

—Es como yo lo presento. Inicie ya sus preparativos. Hasta dentro de dos horas, Caldwell.

Edwin cortó.

Salió de la cabina telefónica sintiendo que se asfixiaba.

Otro «*bourbon*». Con hielo abundante.

Luego pagó, abandonó el bar y descendió por la calle Cuarenta y Tres hacia la boca de Metro más próxima.

¡Dos horas!

Había llegado el momento de retirar de la consigna de Madison Station las armas —las preciosas armas— con que librar la última lucha.

* * *

Dos horas.

Un hombre que llevaba en la mano un maletín entró en el vestíbulo del Totlin International Hotel, en la Tercera Avenida, y anduvo resueltamente hacia el mostrador de recepción.

—Deseo tomar una habitación y reservar otra para un colega. Contiguas. A poder ser que se comuniquen, aunque sea a través del cuarto de baño.

El recepcionista consultó el registro.

—¿Por muchos días, señor?

—Sólo por esta noche. Debo celebrar una conversación de

negocios.

—Tengo dos habitaciones con cuarto de baño común en el tercer piso. Están reservadas para mañana, pero si se trata únicamente de esta noche, puedo cedérselas.

—Convenido. Ponga una a mi nombre y la otra a nombre de Orson Caldwell. El señor Caldwell no tardará. El mismo recogerá la llave cuando llegue.

—Perfectamente, señor. ¿Tiene la amabilidad de firmar?

Edwin firmó estampando claramente su nombre. Habitación 320. Caldwell ocuparía la 322.

Un botones le acompañó al tercer piso.

—Ésta es la habitación, señor. Aquí el cuarto de baño. —Todas las puertas se hallaban abiertas—. Hay un pestillo para cerrar del lado que uno desee.

Edwin colocó en su mano un billete.

—Gracias. Haz que me envíen una botella de scotch, hielo y soda.

—Gracias a usted, señor.

Aguardó a tener el *whisky*, y entonces se preparó un vaso. Miró en torno mientras bebía. Buena habitación; no muy grande, pero buena. Exactamente lo que deseaba. Aire acondicionado, ventanas cerradas, persiana interior graduable. Un cuarto de baño decorado en verde pálido, limpio y luminoso. Al otro lado una habitación similar.

Perfecto.

Sonriendo vagamente, Edwin apuró el vaso de scotch, lo dejó en la bandeja con el resto del servicio e inició sus operaciones. Primero cerró con llave la puerta de su habitación. Acto seguido pasó con el maletín a la habitación 322, a través del cuarto de baño, y echó el pestillo de la puerta de éste.

Abrió uno de los cajones de la cómoda.

Abrió también el maletín.

Frunció los labios.

¡Medio millón de dólares en joyas!

Allí estaban, en la bolsa que el moribundo Harry Romeo había tenido entre sus manos, centelleantes, tentadoras. Ni siquiera la sangre que se había derramado por ellas podía empañar su brillo.

Un tesoro.

Un tesoro capaz de cambiar la vida de un hombre.

Apartó con esfuerzo la mirada del botín e inspeccionó el revólver de Harry, guardado con la bolsa en el maletín, para cerciorarse de que en el cilindro quedaban proyectiles.

Quedaban.

Depositó por separado las joyas, el arma y el maletín en el cajón de la cómoda y cerró éste.

¡Iba a ser tan sencillo si no fallaban sus planes!...

Los preparativos habían terminado.

Titubeó un momento. Miró largamente la cómoda que cobijaba en su seno el tesoro que había hecho de él el amo del mundo. Sus labios se curvaron en una mueca; no en una sonrisa: en una mueca.

Luego abandonó la habitación directamente por la puerta que conducía al pasillo, abriéndola desde el interior y cuidando, al salir, de que quedara abierta, sólo entornada.

Bajó al vestíbulo y se aproximó a la oficina de recepción sosteniendo entre el pulgar y el índice la llave de la habitación 320.

—Mi llave. Tengo que salir. Cuando llegue el señor Caldwell, ¿hará usted el favor de decirle que suba a su habitación y me espere? Regresaré en seguida.

—Con mucho gusto, señor.

Junto al vestíbulo estaba el bar. Edwin se asomó a éste y vio inmediatamente los teléfonos públicos en la pared lateral. Fue hacia ellos sin la menor vacilación.

Consultó la guía: décimo precinto, Brooklyn.

Marcó el número.

—Póngame con el detective Donetti.

—¿Donetti?

—Sí.

Una pausa. Una conexión.

—¡Diga!

—Quiero hablar con Donetti.

—Donetti está cenando.

—¿En su casa?

—No, ahí al lado. ¿Corre prisa?

—Corre mucha prisa. Avísele. ¿Sabe usted lo que es un asunto de vida o muerte? Éste lo es.

—¿No puede darme a mí el recado?

—Creo que le agradará recibirlo personalmente. Volveré a llamar. El tiempo de fumar un cigarrillo.

Edwin cortó.

Encendió el cigarrillo y lo fumó con la espalda apoyada en la pared, mirando ante sí, absorto.

Luego volvió a llamar, y esta vez encontró al detective.

—¿Quién es usted?

—Un amigo. He pensado que le gustaría saber que Edwin Morgan acaba de tomar una habitación en el Totlin International Hotel de la Tercera Avenida. El propósito, bien, trate usted de imaginarlo. ¿Me oye? El Totlin International, habitación 320. Edwin Morgan. Tres-dos-cero. Buena suerte.

—¡Eh! —exclamó Donetti.

Edwin había colgado ya.

Marcó de nuevo. Otro número.

—Con Orson Caldwell.

—¿Quién le llama?

—Morgan.

Ahora no hubo dilaciones. La voz cortante, práctica y comercial, llegó al instante a lo largo del hilo.

—Suelte lo que sea. Y evite nombres.

—¿Está dispuesto?

—Antes me comprometí a estarlo, ¿no?

—Por su bien espero que no se eche atrás. El hotel es el Totlin International, en la Tercera Avenida; la habitación es la 322.

—¡Ya era hora!

—Venga cuanto antes. La habitación está a su nombre, según convinimos. No tiene que hacer sino pedir la llave en el escritorio de recepción y subir. Allí me reuniré con usted. Y recuerde que no hay trato sin la chica y el dinero.

—Oiga, insisto en que ella...

—No hay trato, Caldwell.

—¡Está bien! Llegaré en unos minutos.

Listo.

Se alzaba el telón para el último acto.

Edwin retrocedió hacia la puerta que comunicaba el bar con el vestíbulo y aguardó a que el recepcionista se hallara ocupado atendiendo a unos huéspedes. Entonces prosiguió su camino,

atravesó el vestíbulo sin ser notado y tomó el ascensor hasta el piso tercero.

Comprobó con alivio que la puerta 322 continuaba abierta. Entornada.

Entró en la habitación y la cerró.

Se aseguró de que la puerta del cuarto de baño tenía echado el pestillo.

Bien.

Abrió el cajón de la cómoda, sacó el revólver y lo limpió con su pañuelo. Estudió la disposición de los muebles. Mudó de lugar una butaca, colocándola dando frente a la puerta del baño. Luego deslizó el arma entre el cojín y el respaldo de aquélla.

Ahora ya era lodo mera cuestión de tiempo. Donetti, por supuesto, avisado antes y viajando a bordo de un coche de la Policía, sería el primero en llegar. En la oficina de recepción del hotel le comunicarían que Morgan había salido y dejado la llave. ¿Qué haría? ¿Tomaría la llave y subiría a inspeccionar la habitación, dispuesto a esperarle en ella?

Sí.

Tenía que hacerlo. Edwin se lo jugaba todo a aquella carta.

* * *

Lo hizo.

Se dio prisa, por añadidura.

Completamente inmóvil, conteniendo el aliento, Edwin oyó desde el interior de la habitación 322 que el ascensor se detenía en aquel piso. Luego, muy débil, captó el rumor de pasos en la alfombra del pasillo. Más intenso, otro rumor: el de una llave en la cerradura de la habitación 320. La puerta de ésta se abría y se cerraba.

Trasladó su puesto de escucha junto a la puerta del cuarto de baño. Silencio. Unas voces apagadas. Más pasos en la habitación contigua, en el propio cuarto de baño, aproximándose a la puerta.

La manija de ésta se abrió. El pestillo impidió que se abriese.

Pasos que se alejaban, y silencio otra vez.

Edwin sonrió.

Donetti estaba allí, y no estaba solo. ¿Le acompañaba su

inseparable Joe? Perfectamente: cuantos más hombres hubiera en la habitación 320, en su habitación, esperándole con uñas y dientes. ¡Júpiter!, tanto mejor.

El detective se había dado prisa.

¿Cuánto tardaría Orson Caldwell?

No tardó mucho.

Los nervios de Edwin se pusieron tensos como cuerdas de guitarra al captar sus oídos el roce de la llave en la puerta. Giró en redondo. Atento a lo que del otro lado del cuarto de baño podía ocurrir no había advertido que alguien caminaba sobre la alfombra del pasillo.

La puerta de la habitación 322 se abrió, primero lentamente, luego de un empujón enérgico. Entró una mujer vestida de negro a quien un velo ocultaba la cara.

Detrás, Caldwell.

La mujer experimentó un sobresalto, en tanto que el hombre cerraba la puerta y miraba a Edwin con el entrecejo fruncido.

—De modo que, a pesar de lo que me han dicho abajo, está usted aquí. Bien, yo soy Orson Caldwell.

No era ni remotamente como Edwin le había imaginado. Podía haber pasado por un vulgar tendero, próspero, jovial y bien nutrido, de no ser por sus duros y crueles ojos, por su cínica y peligrosa mirada.

¿Y la mujer?

Edwin se aproximó resueltamente a ella, levantó su Velo, y un latigazo de ira le sacudió al comprender. La mujer era Jennie. El velo cubría sus ojos enrojecidos por el llanto, su delicado rostro marcado por las huellas de salvajes golpes, su boca hinchada; los libraba de la curiosidad y de la compasión ajena.

Ella le miró en patético mutismo.

—Terminemos de una vez —dijo secamente Caldwell—. ¿Dónde están las joyas?

—La chica debe marcharse —replicó Edwin, apretando los puños.

—¡Ah, no, la chica se queda hasta el final!

—¿Quiere tener un testigo? Es una locura.

—¡Digo que se queda! Usted me garantiza su silencio, ¿no es así?

Edwin se encogió de hombros.

Con esfuerzo apartó la mirada de la joven; trató de ignorarla, de concentrarse por entero en lo que iba a ocurrir.

¿Un testigo?

Quizá a ella le agradase estar presente. Podía ser. Su actitud nada dejaba traslucir sobre sus sentimientos, y su presencia representaba un riesgo suplementario. Pero quizá le agradase estar presente para no olvidar nunca lo que presenciaria.

—¿Ha traído el dinero?

—A ver.

—Tengo alergia a los tipos listos —dijo Caldwell, con frialdad—. Estoy seguro de que usted jugará sucio si puede, así que he optado por dejar la pasta abajo, en la recepción. Si no juega sucio, si todo está en regla, entrégueme las joyas y luego bajaremos a por el dinero.

—¿Ha venido armado?

Caldwell levantó las manos como brindándose a ser cacheado.

—¿Venir armado a un lugar como este hotel? No diga tonterías. Si dos cosas detesto en el mundo, una es la pirotecnia barata, otra el suicidio. Compruébelo, puesto que tanto miedo tiene.

—Confiaré en su palabra. —Edwin respiró profundamente—. Las joyas están en el cajón superior de esa cómoda.

Vio que Jennie se estremecía.

Caldwell se precipitaba ya hacia la cómoda, abría el cajón, sacaba la bolsa, la sospesaba con gesto maquinal.

¡Era el gran momento!

El dueño del Crazy Ball volcó el centelleante contenido de la bolsa sobre la cómoda y lo contempló fascinado. A dos pasos de él, en el mismo instante, Edwin introducía su mano protegida por un pañuelo entre el cojín y el respaldo de una butaca.

Sacó el revólver de Harry Romeo.

Disparó, pero no apuntando a Caldwell, sino a la puerta del cuarto de baño, contra la cual fue a estrellarse el proyectil. Jennie lanzó un breve grito. Caldwell soltó la bolsa, pronunció una maldición y, sin amedrentarse, se arrojó contra Edwin loco de furia, las manos prestas a apoderarse del arma.

Edwin se dejó arrebatar ésta. Pasivo, al parecer. Como si no fuera el revólver, sino el pañuelo lo único que deseaba conservar.

Y así era.

Pasó a la acción con rapidez fulgurante. Cazó a Caldwell con una presa feroz, le impidió apretar el gatillo, le obligó a dar media vuelta. Luego, de un terrible empujón, le precipitó contra la puerta del cuarto de baño, ¡en el preciso momento en que desde el otro lado un golpe formidable reventaba el pestillo y hacía la madera astillas!

Una fracción de segundo después, había Edwin saltado hacia Jennie, la había derribado y arrastrado detrás de la butaca.

Era tiempo.

Caldwell, desconcertado, enloquecido, volvió el revólver contra los hombres que irrumpían a través de la puerta destrozada. Pero no pudo usarlo. Dos detonaciones atronaron la habitación. Antes de que se apagaran sus ecos, el dueño del Crazy Bull se derrumbó con un balazo en el pecho y otro en la frente.

Detrás de la butaca, Edwin oprimió entre sus brazos a la joven.

—Usted dijo que daría hasta la vida con tal de que el hombre que perdió a Harry pagara su culpa —murmuró junto a su oído—. Ese hombre ya la ha pagado, y las joyas volverán a sus legítimos dueños. Lo único que pido a cambio es que calle y confíe en mí...

* * *

El gordo Joe estaba arrodillado junto al cadáver de Caldwell.

—Explíquese si puede —ordenó Donetti, perforando a Edwin con la mirada—. Le doy diez segundos; de lo contrario, dispararé. Una vez iniciada la limpieza, estoy rabiando por seguirla hasta el fin.

Edwin se encogió de hombros.

—Hay poco que explicar. Soy, como sabe, inspector de seguros, y la insistencia de ustedes ha conseguido que comenzara a interesarme por el atraco de Monroe Street. Cualquier inspector de seguros está al corriente de que las joyas son una mercancía engorrosa que obliga a los ladrones a extrañas piruetas. He especulado sobre ello. Unas pesquisas en relación con Harry Romeo me han puesto pronto sobre la pista de la persona que organizó el golpe. No tenía pruebas, pero me parecía fácil tender a esa persona una trampa ofreciéndole como cebo la ocasión de colocar a buen

precio y sin riesgo el botín de Monroe Street; y ha sido fácil, ciertamente. Ya ve el resultado. Me he tomado la molestia de llamarle a usted al precinto para hacerle venir y darle la satisfacción de intervenir en el desenlace.

Donetti entornaba los párpados. Joe, junto al cadáver, escuchaba.

—Así que fue usted el de la llamada telefónica.

—¿Quién iba a ser?

—Y el hombre que planeó el atraco era Orson Caldwell, el del Crazy Ball Club.

—Sí.

—Y usted pretende que él tenía las joyas, que no sabía cómo desprenderse de ellas y que usted le ha tendido una trampa brindándole la ocasión, con el propósito de que se delatase.

—Allí están las joyas —replicó Edwin, tranquilamente—. Si hace examinar el revólver que empuñaba Caldwell al morir, descubrirá que fueron sus balas las que remataron en Monroe Street al agente Gilmore.

El tono de la voz de Donetti se elevó:

—¡Maldito sí creo una palabra de todo eso!

—Tiene que creerlo. Le entrego el caso en bandeja, salvo su reputación y la de la Policía, recupero las joyas, rescato a Jennie Romeo, pongo en sus manos al asesino de Gilmore y Richmond y le permito saciar su sed de venganza. Tiene que creerlo y ceñirse los laureles del triunfo a mi lado.

El detective estaba rojo de indignación.

—Morgan, es usted un sinvergüenza.

—Se equivoca. Soy un honrado profesional.

—¿Puedo preguntarle qué pretende ganar con todo esto?

—Lo que todo honrado profesional con su trabajo: dinero. No parece usted tener en cuenta que la Central Insurances, Compañía aseguradora, ha ofrecido por la recuperación de las joyas una recompensa de cien mil dólares, recompensa que me pertenece... Aprovecharé para decirle que cedo la mitad de ella en beneficio de las familias de los agentes Richmond y Gilmore. Con cincuenta mil me conformo. Esto hará muy buen efecto cuando lo publiquen los diarios de la mañana.

—Morgan...

—No vuelva a decirme lo que piensa de mí.

Donetti se mordió los labios.

—Cincuenta mil pavos son demasiado dinero para un canalla como usted. Eso es lo que pienso.

Edwin sonrió. Movi6 la cabeza.

—No lo son para un hombre que pretende casarse y empezar a vivir —dijo.

Y notó de pronto que la mano de Jennie rozaba la suya.

¡Júpiter! ¡El amo del mundo!

Le hubiera gustado gritarle esto a Donetti, gritárselo al rostro. Pero sólo calló y sonrió, mientras los largos y finos dedos de la muchacha se iban introduciendo entre los suyos en una tímida caricia.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).